

GERMINAL

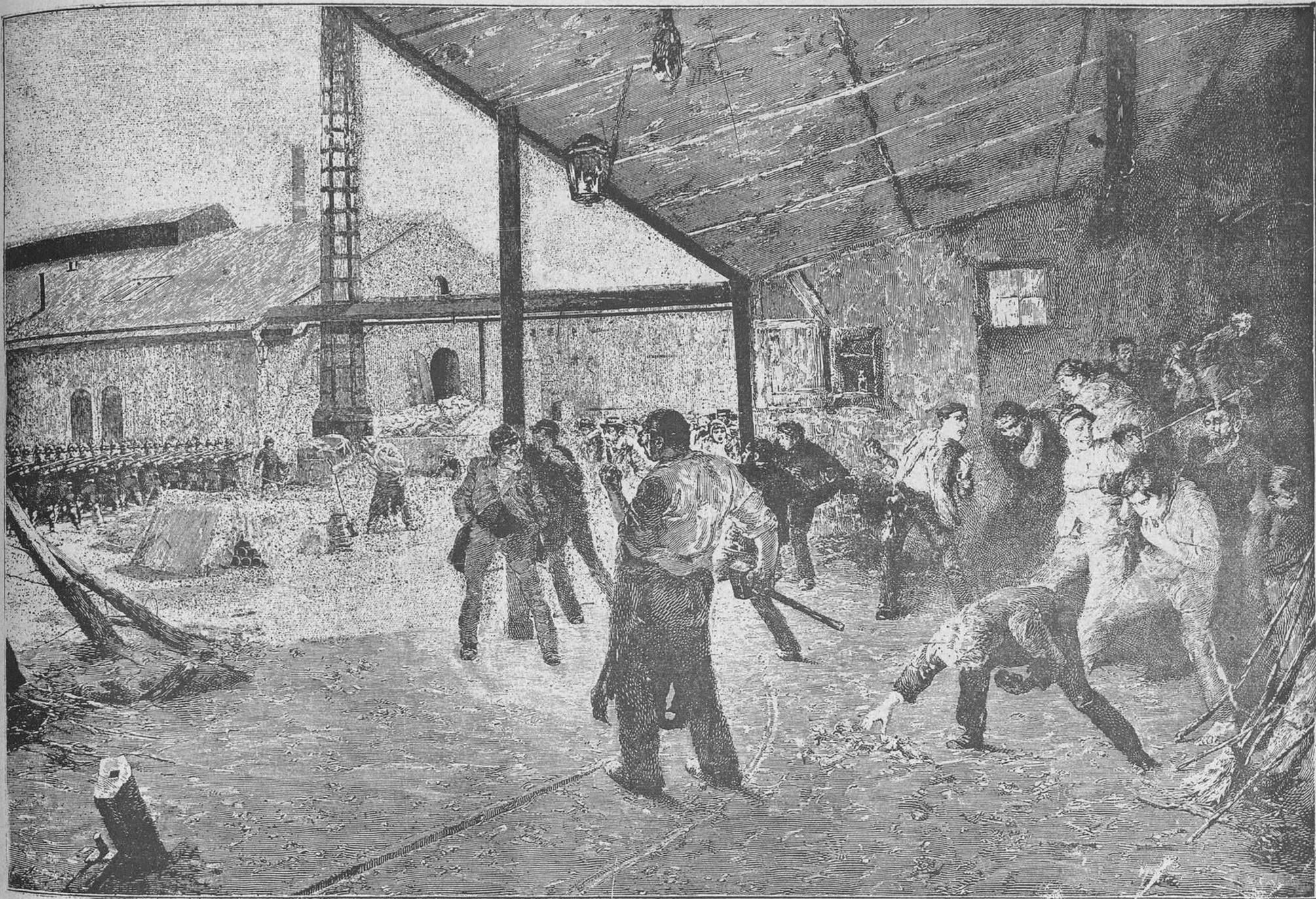
JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Madrid..... { Trimestre..... 2 pts.
Año..... 7 —
Provincias.. { Trimestre..... 2,50 —
Año..... 9 —
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.
25 ejemplares, 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: VILLANUEVA, 20, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES



F. ESSER.—UNA HUELGA.

Lo hemos dicho ya una porción de veces: somos en principio partidarios de las huelgas, porque ellas adelantarian mucho el advenimiento de nuestra causa, la causa del socialismo; pero entendemos que estas huelgas no deben hacerse sin que previamente se hayan organizado cajas de resistencia, á fin de que

no resulte un martirio, un sufrimiento más del proletariado.

De todos modos, aun el espíritu más apocado tiene por fuerza que sentirse presa de violenta indignación al pensar en el asunto de ese cuadro tomado del natural (el memorable y tristísimo hecho de Río Tinto, por ejemplo), en que una multitud

de hambrientos y explotados obreros que no demandan otra cosa que pan y trabajo, son acuchillados y tiroteados por tropas, es decir, gentes del pueblo, puestas al servicio de la sed de explotación y de avaricia que cada día más se está apoderando del capitalismo y de la burguesía

EL PROBLEMA EN PIE.

Desde la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo están ofreciendo los gobernantes españoles, las clases conservadoras, y casi todos los periódicos, sin exceptuar los de más avanzado criterio, un espectáculo tristísimo.

En las columnas de la prensa diaria pueden leerse relatos é informaciones minuciosos, tan minuciosos como imprudentes, tan imprudentes como desacertados. Los noticieros en su afán de batir el record del impresionismo y trasladar al público las notas más íntimas de la catástrofe y de las angustias que la catástrofe provocara, se han atrevido con todo, hasta con lo más digno de respeto, las nerviosidades irresponsables de una mujer enloquecida por el dolor. Las clases conservadoras, eso que se han dado en llamar, *elementos sanos del país* hablan, discurren y proceden, no como colectividad que protesta de un acto inicuo, como rebaño que se apiña sin orden y patalea á impulsos del miedo. ¡Y los gobernantes españoles!... Hay que convenir en que los gobernantes españoles no

dejan nada que desear en punto á precauciones póstumas y á terrorismos medioevales. Todos sus actos desde el oficio del ministro de Gracia y Justicia indicando por telégrafo al presidente de una audiencia, á un magistrado, á un representante imparcial de la justicia que acelere la ejecución de Angiolillo Galli, hasta el propósito de convertir la ley de represión del anarquismo en hacha de verdugo manejada á capricho contra la conciencia y el pensamiento de los ciudadanos, acusan una altura de miras y un tacto político pasmosos.

Pero ni esos periódicos, que un día antes de la muerte de Cánovas abominaban de él como de una calamidad y al día siguiente lamentaban su pérdida como si fuese la pérdida de un Dios, ni esos periódicos, gracias á los cuales sabemos que la viuda de Cánovas comió garbanzos y lechuga, durante el viaje fúnebre; ni esas clases conservadoras que al día siguiente del crimen se arrojan como buitres sobre la herencia de la víctima; ni ese Gobierno que ha dividido los procedimientos judiciales como las empresas de ferrocarriles los trenes, en expresos, correos, mixtos y mercancías, han dicho nada, han discurrecido nada, han resuelto nada, donde palpita la severidad augusta

del dolor, la serenidad majestuosa del juicio y la reflexiva energía de los hombres de Estado.

Sabemos cómo ha muerto Cánovas, cómo ha llorado su viuda, cómo ha ido el entierro, cómo van á ejecutar á Angiolillo Galli; y estamos á punto de saber cómo vamos á ir á la cárcel todos los españoles y cómo van á hacerse las particiones entre los huérfanos y menores del partido conservador.

Lo que no sabemos aún porque nadie se ha ocupado en ello, ni los diarios con sus artículos, ni los políticos con sus manifestaciones personales y con sus determinaciones colectivas, es si el acto aislado del asesinato de Cánovas, sumándose al asesinato de Carnot, á la intentona de Pallás contra Martínez Campos, á la explosión de bombas anarquistas en París, en Barcelona, en diversos puntos del globo, ha hecho parar mientes en el estado social que semejantes carnicerías acusan, y en la necesidad que todos tenemos de estudiarlo á fondo y examinar cuáles son las causas á que obedece y las circunstancias que lo provocan.

Y esto es lo que hay que hacer. Bajad de la altura donde os han colocado! ¡Solidaridad, la suerte ó la herencia; recorred e! mundo, las grandes poblaciones, la extensión

pos, el recinto miserable de las aldeas; descendió á las minas; entró en los talleres, acompañado en sus tareas al labriego tostado por el sol, curtido por el viento, resquebrajado por la llovizna y por la nieve, al albañil que pasa su vida en un tablón, oscilando entre la miseria y la muerte; al herrero que tuesta su piel con las llamaradas de la fragua; á los obreros del músculo que trabajan como bestias; á los obreros de la inteligencia que son explotados sin compasión; subió á la buhardilla miserable, penetró en la estrecha covacha, en el desmantelado cuartucho donde todos esos trabajadores se agrupan rodeados de sus familias, sin goces, sin comodidades, sin presente seguro ni porvenir posible; vedó todo, examinado todo y escucharéis un rumor sordo, una protesta sin voces, una maldición muda de los desheredados, de los infelices, de los explotados, de los sinventura contra los ricos, contra los hartos, contra los explotadores, contra los venturosos; recoged ese eco en vuestro oído, llevadlo á vuestro corazón, levantadlo después hasta vuestro cerebro y pensad, puesto que sois cristianos, puesto que todos los hombres son ó deben ser hermanos vuestros, que es injusto este desnivel de existencias que vinieron al mundo para ser iguales, para gozar juntos en banquete de fraternidad generosa todos los goces que la naturaleza ofrece, como nacieron para sufrir juntos todos los dolores que la naturaleza produce. Considerad que tienen derecho á vivir, á amar, á instruirse, á no morir de hambre, de frío, de abandono, de falta de justicia y de falta de pan. Pensad en eso. El problema está ahí.

Quédense las lágrimas para la familia del finado, ante cuyo cadáver nos inclinamos respetuosamente, como nos inclinaremos compasivamente mañana ante el cadáver de Angiolillo Galli. La memoria del hombre muerto, del hermano muerto, será siempre respetable para nosotros, tan respetable como odiosa la memoria del político reaccionario y del crimen que le arrojó del mundo; quédense los relatos y las informaciones macabras de los noticieros para los aficionados á este género de literaturas; quédense el temor á la cárcel y á los histerismos gubernamentales para los hombres que por equivocación de la naturaleza usan tal vestidura fisiológica y son por dentro mujerzuelas tímidas, eunucos de serrallo que tienen castradas las santas virilidades del pensamiento y de la conciencia... Quede eso para ellos. Los hombres, los verdaderos hombres, deben mirar cara á cara los hechos, reconocer que en la historia y en la humanidad hasta las brutalidades y los crímenes políticos tienen su lógica y afrontar el problema.

*
* * *

No; no ocurren en la humanidad las cosas porque sí; no son los organismos sociales niños inconscientes que proceden sin lógica; los crímenes que estamos presenciando son inexcusables, pero no son inexplicables; deben castigarse pero deben estudiarse; el agrotamiento de un anarquista asesino es una necesidad, pero no es un remedio; es un derecho, pero no es una solución. Tras de Ravachol, guillotinado, aparece Henry, arrojando la bomba destructora en el café *Terminus*; se ajusticia á Henry y surge Pallás; se mata á Pallás por haber querido asesinar á Martínez Campos y al poco tiempo es preciso matar á Caserio por haber asesinado al presidente de la República Francesa. Se castigan con presidios, con destierros, con fusilamientos, con todo género de expiaciones las salvajes hecatombes del Liceo y de la calle de los Cambios, y acto seguido Galli dispara contra Cánovas y aumenta con otro delito los pasados. Morirá el asesino de Cánovas porque es justo que muera, porque debe morir como han debido morir y han muerto sus fanáticos predecesores. Pero esta sucesión de crímenes, este haber siempre un hombre pronto á matar y á ser muerto ¿qué prueba? Que el castigo de un individuo, de varios individuos, no basta á resolver este problema trágico. Que el mal es más grave, que tiene raíces más hondas y que hasta esas raíces hay que llegar sin asustarse por las desgarraduras que sienta la mano al buscarlas.

¿Qué diríamos del médico que sólo atendiese á cortar la calentura sin cuidarse del examen y curación del órgano que la produce? Se diría que era un ignorante, un mentecato, un curandero despreciable. Pues lo mismo debe decirse de vosotros, gobernantes, sociólogos, hombres políticos, que sólo os ocupáis en castigar los crímenes personales, sin ocuparos para nada en las causas que los originan y en el remedio que á tales causas se podría aplicar.

Esta injusticia, este desnivel, este abandono, este quebrantamiento de la fraternidad humana, determinadores del estado social presente, traen consigo protestas, aberraciones, locuras, infamias. Así como la enfermedad de un órgano provoca la calentura y la calentura el delirio, así también surgen de entre esas multitudes, calenturientos, delirantes, criminales que elevan el delito á la categoría de justicia y la destrucción á la categoría de ley.

Esos criminales no merecen piedad, no pueden pe-

dirla, no la piden, no deben obtenerla tampoco. La sociedad hace perfectamente en proceder contra ellos, pero haría muy bien al propio tiempo en atender las justas reclamaciones de los que no tienen ni dichas que llevar al alma ni pan que llevar á la boca.

Castíguense en buena hora á los criminales, pero atiéndase á los infelices para que no se vuelvan criminales.

Ya que el delito no puede ser justo, evitemos que sea lógico. Quitémosle toda razón, no digamos razón, todo motivo, no digamos motivo, toda excusa, no digamos excusa, todo pretexto. Seamos severos con nosotros para ser inflexibles con los demás y de este modo nos evitaremos la triste resultante que ofrece el asesinato de D. Antonio Cánovas.

Dos hombres caídos y el problema en pie.

CRONIQUELLA.

MEDIDAS PREVENTIVAS.

En el triste motivo del asesinato de Cánovas (q. e. p. d.), se ha puesto sobre el tapete la cuestión del anarquismo.

Altos y bajos, grandes y chicos, todo el mundo, en fin, ha lanzado un grito de horror; y juzgándose víctima futura de los terribles criminales, vuelve sus ojos á los poderes públicos pidiendo el amparo de la ley.

«¡La sociedad tiene que defenderse!» — han gritado todos sus miembros, — y el paternal Gobierno que nos rige, y que nos raja, se ha hecho cargo de tan justificadas pretensiones, y piensa tomar sus medidas.

Estas medidas no serán interinas, diferenciándose así del Sr. Azcárraga que es Presidente del Consejo en el *interin*, pero serán tan enérgicas como el apellido del ministro de la Guerra, el cual, como se ve, tiene dos *erres* y un acento, que le dan la energía reclamada por las circunstancias.

Hé aquí algunas de esas medidas de prevención:

Se aplicará la ley del anarquismo á todo ciudadano que use el coche llamado bombé, y á quien cante la vieja canción

Hasta que el artillero
no diga bomba va... etc.

Serán cerrados todos los merenderos de la Bombilla; no se permitirá torear al *Bombita* y se prohibirá al Dr. Bombin dedicarse al ejercicio de su profesión. Se prohibirá igualmente usar en la conversación, en los escritos y discursos la frase «está que echa bombas».

Quedarán suprimidos los bombillos de los roses, los forros de bombasí y los pantalones de bombacho.

También se suprimirán de las bandas de música el bombardino, el bombardón y el bombo, y generalizando esta medida, se suprimen los *bombos* que los periódicos otorgan en estos tiempos con demasiada frecuencia.

El cuerpo de bomberos cambiará de nombre, y el que se cree en su sustitución, no podrá usar el bombín ni la bomba de incendios; la misma suerte correrán otros aparatos, de distinta aplicación, como la bomba aspirante, la impelente... etc., etc.

Se obligará á las compañías de electricidad á suprimir las bombas eléctricas, y se pasará una atenta comunicación á las fábricas de Matías López, Venancio Vázquez y otras análogas, rogándolas suspendan la fabricación y venta de bombones.

Estos son los pensamientos del Gobierno, que pronto veremos en la práctica. Gracias á ellos, la calma renacerá en todos los espíritus, la sociedad podrá dormir tranquila, y realizado el supremo ideal de la existencia humana, los ciudadanos todos viviremos, como el Dr. Pangloss, en el mejor de los mundos posibles.

IN ILLO TEMPORE...

¡Lástima que Bretón de los Herreros no pudiera llamar *siglo de la electricidad* á este

... siglo del vapor y del buen tono,

es decir, al

... venturoso siglo diez y nueve
ó, por mejor decir, décimo nono!

Si hubiera alcanzado estos *últimos tercios* (que dicen los oradores cursis, confundiendo el tiempo con la Guardia civil), la electricidad ocuparía un lugar preferente en su famosa sátira.

Una de sus más admirables manifestaciones, el telégrafo, habría servido maravillosamente al famoso tuerto para derrochar el ingenio, sobre todo al considerar las inmensas tonterías de que los hilos son cómplices inconscientes.

El telégrafo con su *terrible laconismo* ó con su *grata concisión*, nos comunica inmediatamente los sucesos

tristes ó alegres, pero al mismo tiempo... ¡cuántas cosas ridículas arroja á la voracidad pública!

Desde las cursilerías que Castelar telegrafía con una periodicidad siniestra, hasta el parte del *Corresponsal*, asegurando el envidiable triunfo del famoso matador *Tripita*, todas las notas de la sandez humana tienen en los alambres sus mudos colaboradores.

No es este sitio el más oportuno para estampar todas esas cosas, pero si lo fuera ocuparía el primer lugar entre ellas la sanguinaria declaración que, en su furor telegráfico, se le ha escapado á un redactor de *La Correspondencia de España*.

Telegrafía desde Vergara, y dice: «con este serán quince los reos que he visto morir en patíbulo»; y al leer esta manifestación de matarife contemplativo, hay que apartar los ojos con horror, temiendo ver las manos del corresponsal tintas en sangre, como las de lady Macbeth...

¡El telégrafo! ¡Los corresponsales!

Cuando la Historia relate las cosas de estos tiempos, empezará, seguramente:

«In illo tempore, es decir, en tiempo de los hilos...»

GIL PARRADO.

2 DE MAYO.

SONETO.

2 de Mayo... ¡Qué espléndida victoria!

Cuando evoco el recuerdo de este día,

mi espíritu se llena de alegría

y oigo en mi corazón tocar á gloria.

Con tu padre—un francés que á la memoria

de Napoleón profesa idolatría—

el mío á grandes voces discutía

en nombre de su España y de su historia.

Reñían... y nosotros tras la espesa

cortina de un rosal lleno de flores

hablábamos... ¿De qué?... No sé, Teresa.

Sólo sé que tus labios seductores

hicieron realidad una promesa...

¡Qué 2 de Mayo aquél de mis amores!...

JOAQUÍN DICENTA.

LOS TIEMPOS SE APROXIMAN.

POR

EL CONDE TOLSTÖI.

En este mismo año, 1896, un joven holandés, el Sr. Van der Veer, avisado por la autoridad militar para practicar el período de instrucción en la Guardia cívica, contestó á la citación con la siguiente carta:

«No matarás.»

«Al Sr. Hermann Snijders, comandante de la Guardia cívica del distrito de Middelburg.

Señor: he recibido, la semana última, la orden escrita de presentarme en la casa municipal para ser incorporado á la Guardia cívica.

Como sin duda usted habrá notado, he faltado al llamamiento, y esta carta tiene por objeto dar á conocer á usted con toda franqueza, y sin rodeos, que no tengo intención de presentarme á la comisión. Sé que asumo graves responsabilidades: sé que está en las facultades de usted castigarme y que usted no dejará de hacer prevalecer su derecho. Pero esto no ha de arredrarme. Los motivos que me impulsan á este acto de resistencia pasiva son bastante serios para cohernestar, á mis ojos, las responsabilidades en que incurro.

No soy cristiano, lo declaro, y sin embargo comprendo mejor que la mayoría de los cristianos el sentido del mandamiento que he transcrito al comienzo de esta carta, y sin el cual el hombre no sería un ser razonable. Cuando era pequeño, pude haber aprendido el oficio militar, el arte de matar: al presente, lo rechazo. Sobre todo, no quiero matar por orden, es decir, cometer una muerte sin ningún motivo personal, sin razón de ninguna clase, contra mi propia conciencia. ¿Puede usted citarme algo más degradante para un ser humano que tomar parte, en tales condiciones, en esas escenas de muerte y de carnicería?

Yo no puedo matar ni siquiera ver matar un animal, y por no matar los animales me he hecho vegetariano. ¡Y usted podrá darme la orden de hacer fuego sobre hombres que no me hicieron ningún daño! Porque si se enseña á los soldados á manejar el fusil, creo no será para que disparen á las hojas ni á las ramas de los árboles.

Quizá usted me diga que el papel de la Guardia cívica es, ante todo, contribuir al sostenimiento del orden público.

¡Ah! señor comandante, si el orden reinase realmente en nuestra sociedad, si el organismo social estuviese verdaderamente sano, si, en otros términos, las relaciones sociales no ofreciesen irritantes abusos, si no estuviese admitido que al mismo tiempo que tal individuo se entrega á todos los caprichos del lujo, tal otro está en camino de morir de hambre, me vería usted en las primeras filas de los defensores del orden. Pero yo rehuso resueltamente concurrir al sostenimiento del orden de cosas actual, de eso que se llama el orden establecido.

¿Por qué, señor comandante, pretender engañarnos el uno al otro? Ambos sabemos muy bien lo que significa la conservación del orden actual; apoyo prestado á los ricos contra los trabajadores que empiezan á tener conciencia de sus derechos.

¿No hemos visto el papel que ha desempeñado la Guardia cívica en Rotterdam, con ocasión de la última huelga? Sin razón, durante varias horas, los hombres estuvieron sobre las armas para proteger las propiedades amenazadas. ¿Puede usted suponer, ni por un instante, que yo concurriría á la defensa de gentes que — es mi sincera convicción — no hacen otra cosa que mantener la guerra entre el capital y el trabajo, y que yo dispararía sobre los obreros que se mueven dentro de los estrictos límites de su derecho? No; usted no está ofuscado hasta ese punto. ¿Por qué no tomar las cosas tales como son? Yo no puedo permitir que se haga de mí uno de esos guardias cívicos encajados en el molde de esa disciplina que usted encarece y que le es tan necesaria.

Hé aquí las razones — la principal es que yo repugno matar por orden — por las cuales rehusó entrar en la Guardia cívica. Ruego á usted no me envíe uniforme ni armas, porque estoy absolutamente decidido á no servir.

Tengo el honor, etc.

I-K. VAN DER VEER.

Esta carta, á mi entender, tiene gran trascendencia.

Mientras el servicio militar esté organizado en la cristianidad, ó más exactamente, entre tanto que los Estados cuyo poder está fundado sobre la violencia tengan adoptado el cristianismo, sin por eso renunciar á ella, los casos de rechazar el servicio militar se producirán en país cristiano.

Y, bien considerado, no puede suceder de otra manera. La doctrina cristiana prescribe al que le profesa la humildad, la no resistencia al mal; le ordena amar á todos los hombres, incluso á sus enemigos: el cristiano no puede por consecuencia ser soldado, ó sea pertenecer á una clase de gentes cuya sola razón de ser es matar á sus semejantes.

Por eso los verdaderos cristianos han rehusado siempre, como rehusan todavía hoy, someterse al servicio militar.

Pero siempre ha habido pocos cristianos verdaderos. En los países cristianos, la inmensa mayoría de los habitantes se llaman cristianos porque confiesan la fe de la Iglesia, y esta fe, salvo el formalismo, nada tiene de común con el verdadero cristianismo. Por eso, el acto de un individuo aislado que, de tiempo en tiempo, entre las decenas de millares de inscritos para el servicio militar, rehusa ingresar en él, no ha impresionado jamás á los cientos de millares que cada año lo aceptan.

«La inmensa mayoría de los cristianos está sujeta al servicio militar: obispos y sabios están de acuerdo en reconocer que este servicio nada tiene de incompatible con el cristianismo: es imposible que la mayoría esté equivocada y que tengan razón los pocos, que, por rara excepción, rehusan servir, y son además gentes de escasa instrucción.»

Así discurren los hombres de la mayoría; y, tranquilamente, sin dejar de creerse cristianos, van á engrosar las filas de los que matan.

Más hé aquí que surge un hombre, que no es cristiano — él mismo lo dice — que rehusa servir y justifica su actitud, aparte toda consideración religiosa, por los motivos más sencillos, los más accesibles á la inteligencia de los hombres, pertenezcan á cualquiera confesión ó nacionalidad, sean católicos, musulmanes, budhistas ó discípulos de Confucio, españoles, árabes ó japoneses.

Van der Veer funda su negativa, no sólo sobre el mandamiento, *No matarás*, no sobre el hecho de que él sea cristiano, sino sobre su convicción de que el homicidio es contrario á la razón humana. Declara que la sola idea de matar le es odiosa, tan odiosa que se ha convertido en vegetariano por no hacerse cómplice en la matanza de los animales; y sobre todo añade que rechaza el servicio militar, porque considera el matar por orden, es decir, la obligación de matar á aquellos á quienes se mande matar (que en esto propiamente consiste el servicio militar), como un acto incompatible con la dignidad de hombre.

Á la observación vulgar: «Si no sirves y otros, imi-

tándote, rehusan servir también, el orden existente será destruido», él contesta que, justamente, no quiere sostener ese orden, porque tal orden es malo, porque da al rico poder sobre el pobre, y esto no debe ser. Si alguna duda pudiera subsistir en su espíritu acerca del carácter de obligación ó no obligación del servicio militar, el solo pensamiento de que, soldado, se convierte, por la amenaza y la violencia, en apoyo del rico opresor contra el pobre oprimido, ha hecho de él un refractario.

Si van der Veer hubiese alegado, como fundamento de su negativa á la obediencia, su cualidad de miembro de una de las confesiones cristianas, el alistado podría decir al ingresar en el servicio: «Yo no perteneczo á ninguna iglesia: no reconozco la religión cristiana, y por consiguiente no me creo obligado á proceder como él.» Pero las razones que van der Veer adelanta, son tan sencillas, tan claras, tan comunes á todos, que es imposible dejar de hacerlas propias. En adelante, todo hombre que quiera rechazar para sí mismo el carácter de obligación, deberá decir: «Yo quiero matar, estoy dispuesto á matar, no solamente á mis enemigos, sino también á mis desgraciados compañeros oprimidos, y no veo nada malo en el compromiso que contraigo de matar, por la orden de cualquiera de mis jefes, á todos aquellos que esa orden quiera matar.»

* * *

Sin duda, hay todavía hombres que entran en el ejército sin saber qué harán; puede encontrarse algunos que deseen la guerra contra los pueblos extranjeros, que quieran perpetuar la servidumbre de los trabajadores, ó que, sencillamente, deseen matar por matar. Esos hombres pueden todavía ser soldados, pero no pueden ignorar que hay otros, y los mejores del mundo, cristianos ó musulmanes, fieles de Brahma ó discípulos de Confucio, á los cuales, aparte el espíritu religioso, la guerra y los soldados no inspiran más que repulsión y desprecio, y que el número de estos hombres aumenta de hora en hora. Los razonamientos más sutiles nada pueden contra esta sencilla verdad: que un hombre que se respete no tiene derecho para hacerse esclavo de un amo desconocido — como si fuese conocido — cuyo único propósito es matar. Porque servicio militar y disciplina militar no tienen otro sentido.

«Pero, se me dirá, ¿y la responsabilidad contraída por los refractarios? Es muy cómodo, siendo viejo como es usted, y estando libre de esas pruebas por la edad y por la posición social, predicar el martirio; pero esos á quienes van dirigidas las palabras de usted y que teniendo fe en ellas paguen con toda la vida su negativa á la obediencia.»

«—¿Qué debo hacer entonces? replicaré á mi vez, ¿me está prohibido, porque soy viejo, señalar un mal cuya evidencia, cuya certidumbre saltan á mis ojos precisamente porque soy viejo, porque he vivido mucho, porque he pensado mucho? Suponed un hombre colocado en la ribera de un río y á quien este río defiende de los ataques de un bandido apostado en la otra margen. Si ve á este bandido obligar á un desgraciado á matar á uno de sus hermanos, su deber no es gritar *detente* al matador aunque por esta intervención llegue al colmo el furor del bandido.»

«Por otra parte, yo no veo por qué el Gobierno, que persigue á los refractarios, no castigará en mí al investigador oficial de su crimen. Yo, por viejo que sea, no estoy por mi edad al abrigo de las persecuciones y los castigos de todas clases; y mi situación social no es para mí una salvaguardia. En todo caso, que se me injurie ó no, que se me persiga ó no, que se persiga ó no á los refractarios, no cesaré jamás, en tanto que viva, de decir lo que digo, sencillamente porque yo no puedo dejar de obrar según mi conciencia.»

Lo que constituye, precisamente, la fuerza invencible del cristianismo, es que esta doctrina de verdad debe hacer abstracción, para obrar sobre los hombres, de las consideraciones exteriores, cualesquiera que ellas sean. Joven ó viejo, expuesto á las persecuciones ó al abrigo de toda tentativa, el hombre que se ha asimilado la concepción cristiana de la vida, la única verdadera, no puede dejar de obedecer los dictados de su conciencia. Y esta es la esencia y la fuerza invencible del cristianismo; por ella es por lo que se distingue de todas las demás religiones.

Van der Veer declara que él no es cristiano; pero los motivos de su acción y su acción misma son de un cristiano. Si es refractario, lo es porque no quiere matar á sus hermanos; si desobedece, es porque los dictados de su conciencia hablan en él más alto que las órdenes de los hombres. Por eso la resistencia á obedecer, de Van der Veer, es grande. Esa desobediencia muestra que el cristianismo no es una de esas sectas, una de esas confesiones que los hombres son libres de adoptar ó rechazar, porque es el mismo camino de la vida alumbrado por la antorcha de la razón que luce en cada uno de nosotros.

La obra maestra del cristianismo no consiste en prescribir á los hombres tales ó cuales reglas de con-

ducta, sino en señalar de antemano la senda que la humanidad entera debe seguir y que, en efecto, ha seguido.

Los hombres que, en nuestros días, viven según la justicia y la razón, no viven así por conformarse con los preceptos de Cristo, sino porque las palabras dichas por éste hace diez y nueve siglos y dadas como reglas para la vida, se han convertido en la conciencia misma de la humanidad.

Y hé aquí por qué estimo que la conducta y la carta de Van der Veer tienen considerable trascendencia.

Lo mismo que el incendio que alumbró la estepa ó la selva, no se extingue antes de consumir todas las materias secas, muertas, y por tanto, combustibles, así la verdad, una verdad expresada por la palabra, prosigue su obra hasta que ha reducido á la nada todo lo que debe anular; la mentira que por todas partes la oprime y la ahoga. El fuego está latente largo tiempo; pero desde que estalla la primera chispa, incendia rápidamente todas las materias combustibles. Asimismo, la idea busca largo tiempo la expresión que ha de darle forma externa: pero que encuentre la palabra que la expresa con claridad; la mentira y el mal serán pronto destruidos.

Una de las ideas propias del cristianismo es seguramente que la humanidad puede vivir sin la esclavitud. Sin embargo, aunque parte integrante de la doctrina cristiana, esta idea no ha sido claramente expresada, á mi entender, más que por los escritores de fines del siglo XVIII. Antes que ellos, no solamente los paganos de la antigüedad, como Platón y Aristóteles, sino los cristianos del mundo moderno no se avenían á representarse una sociedad humana sin la esclavitud. Tomás Morus no pudo concebir su *Utopía* sin ella. Lo mismo los hombres de principios de este siglo no pudieron tampoco comprender la vida de la humanidad sin la guerra. Solamente después de las campañas napoleónicas se expresó con claridad la idea de que la humanidad puede vivir sin la guerra. Han pasado cien años desde que, por primera vez, se dijo claramente que la humanidad puede vivir sin la esclavitud, y, entre los cristianos, la esclavitud, no existe: no pasará tanto tiempo desde que se ha declarado que también la humanidad puede vivir sin la guerra hasta que ésta desaparezca. Quizá no ocurrirá con la guerra lo que con la esclavitud, la abolición no será total. Así como el salario ha sobrevivido á la esclavitud, tal vez las violencias de la guerra sobrevivan á la guerra misma.

Pero es cierto una cosa: bajo la forma grosera que ofrecen actualmente, forma igualmente contraria á la razón y al sentimiento moral, la guerra y el ejército serán abolidos.

Y que esta fecha no está lejana lo demuestran dos señales: la penuria de los Gobiernos que aumentan sin cesar sus armamentos; el peso cada día más intolerable de los impuestos, y el disgusto de los pueblos: la potencia destructora de las armas de guerra llevada hasta los últimos límites de la perfección: la actividad de los Congresos y Sociedades de la paz; por encima de todo, las negativas de obediencia opuestas por los particulares á las órdenes de la autoridad militar. Estas negativas son la clave misma de la cuestión.

«Me decís que el servicio militar es necesario, que, si no existiese, todos los males de la guerra caerían sobre nosotros. Será posible, pero poseyendo esta noción del bien y del mal común á todos los hombres de nuestro tiempo y que vosotros también poseéis, yo no puedo matar porque me lo manden. Si entonces, como afirmáis, el servicio militar es necesario, organizado de modo que no sea también una contradicción flagrante con mi conciencia y la vuestra. Hasta aquí no habéis hecho nada semejante, y exigís de mí actos que mi conciencia reprueba: yo no puedo obedecerlos.»

Es también, de toda necesidad, que respondan asimismo todos los hombres de honor y de sentido, no solamente de nuestro mundo cristiano, sino del universo. Posible es que, por inercia, la guerra y sus obras se mantengan algún tiempo todavía; pero la cuestión está ya resuelta en la conciencia de los hombres: de día en día, de hora en hora, aumenta el número de los que no dudan ya en esta cuestión, y ningún poder humano detendrá este movimiento.

La aceptación de una verdad nueva ó, mejor dicho, el desprenderse del error, se consigne siempre al precio de una lucha entre el testimonio de la conciencia y la fuerza de inercia; esto es lo que nosotros hemos visto, ante nuestros ojos, á propósito de la esclavitud.

Al principio, la inercia es tan fuerte y la conciencia tan débil que las primeras tentativas para destruir el error no producen más que sorpresa. La verdad nueva parece una sinrazón. ¿Es que se puede vivir sin la esclavitud? Pues ¿quién trabajará? ¿Es que se puede vivir sin la guerra? Pues vendrá cualquiera y nos conquistará. Sin embargo, á medida que la conciencia se educa y se afirma, la inercia pierde su fuerza y la sorpresa deja su puesto á la ironía, al desprecio.

«Las Santas Escrituras reconocen amos y esclavos: siempre ha sido así; y hé aquí que vosotros *doctores* queréis cambiar el mundo;» decían así de la esclavi-

tud. «Los filósofos, los sabios de la tierra, han reconocido unánimemente la legitimidad, la santidad de la guerra; y habíamos de creer que la guerra es inútil,» se dice ahora de la guerra. Pero la conciencia crece más y más y se afirma; el número de los hombres que reconocen la verdad nueva aumenta cada día; y entonces, la ironía y el desprecio ceden puesto á la injuria, á la impostura. Se cree bueno hacerse sostén del error, no se afecta ignorar, no se niega el absurdo, la crueldad de las instituciones que se defienden; pero se alega que la abolición es todavía imposible y hace falta aplazarla para una época determinada. «¿Quién no sabe que la esclavitud es un mal? Pero la humanidad no está madura para la libertad, y la liberación de los esclavos traerá consigo terribles calamidades,» se decía de la esclavitud hace cuarenta años.

«¿Quién no sabe que la guerra es un mal? Pero en tanto que los hombres se asemejen á las bestias feroces, la supresión de los ejércitos acarrearía más daños que ventajas,» se dice actualmente de la guerra. Sin embargo, la idea hace su camino, la idea crece, destruye la mentira, y llega el tiempo en que el absurdo, la locura, el prejuicio y la inmoralidad del error son tan manifiestos que nadie se levanta á defenderlos. Así ha ocurrido en el año de 60 con la esclavitud en Rusia y en América; así sucede actualmente con la guerra. Lo mismo que entonces se era esclavista sin atreverse á justificar la esclavitud, lo mismo ahora no se intenta justificar la guerra y el ejército: se cuenta

con la fuerza de inercia que todavía los sostienen; pero se sabe muy bien que toda organización de muerte, cruel é inmoral, sólo tiene solidez en la apariencia, y puede destruirse de un momento á otro para no renacer jamás.

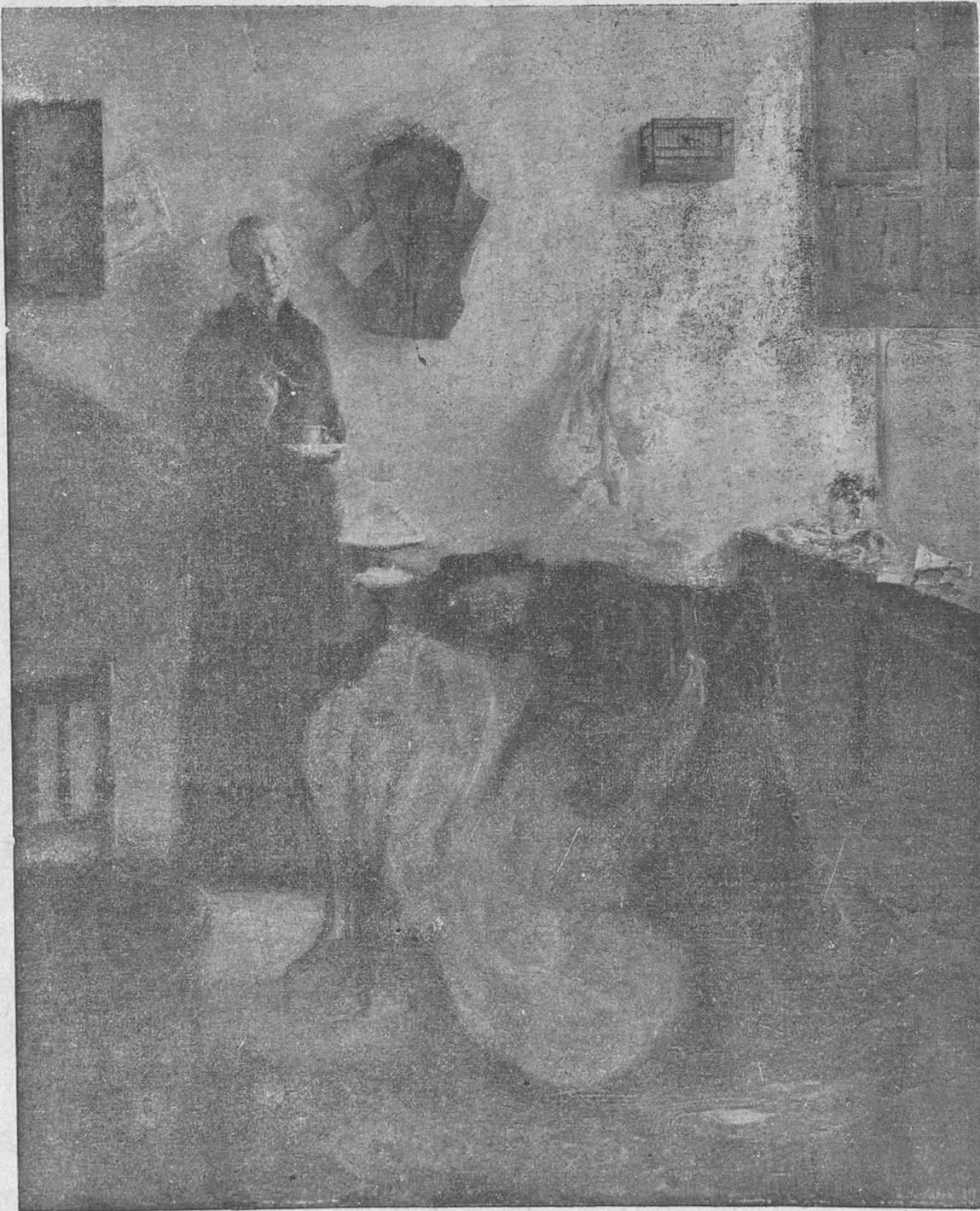
Que una sola gota de agua se filtre de un dique, que una sola arena caiga de un colosal edificio, que se rompa una malla del tejido más resistente, y el dique se romperá, se hundirá el edificio, se deshará el tejido. Impuesta por motivos conocidos á la humanidad entera, la negativa á obedecer de van der Veer puede ser, en mi opinión, esa gota de agua, esa arena, esa malla rota.

La negativa de van der Veer será necesariamente seguida de otras semejantes y más frecuentes cada vez. Cuando su número sea considerable, los hombres que ayer todavía pretendían que la vida sin la fuerza es imposible, esos mismos hombres reconocerán que durante largo tiempo han proclamado la locura y la inmoralidad de la guerra, y aconsejarán á todos á conducirse como van der Veer lo ha hecho. Y entonces, de la guerra y del ejército en la forma que ofrecen actualmente, no quedará más que el recuerdo.

Y estos tiempos están próximos.

Traducción de A. J. PEREIRA.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE 1897.



LUÍS HUIDOBRO.—RENDIDA.

Es un cuadro conmovedor: una nota triste de la miseria humana... La pobre muchacha, de cuyo rostro va la anemia robando la hermosura, no ha podido más; rendida por el trabajo, inclina su cabeza sobre la máquina de coser... El quinqué, su compañero de fatigas, descansa también: avergonzado ante la hermosa claridad

del día, apaga su mezquina luz que ha alumbrado la fatigosa velada de la pobre obrera. Su madre la mira con tristeza. Sólo el pájaro, saluda al sol alegremente... ¡Y quién sabe si también hay en su canto una nota de dolor para el eterno infortunio!

P.

RÁPIDA

¡AL HIGUÍ!... ¡AL HIGUÍ!...

En las playas vascongadas, pendiente de la caña constitucional, está el higo sabrosísimo del poder.

Los PROHOMBRES conservadores, muerto el amo, se disputan como perrillos hambrientos la presa.

Alguien les ha comparado con los generales de Alejandro.

¡Caballeros, no faltar á los generales de Alejandro... ni á Alejandro tampoco!

Hay clases.

¡Al higuí!... ¡Al higuí!...

¿Quién se lo lleva?

¿A quién le toca?

Que lo echen á pajas.

Al que le caiga en suerte, que se lo coma.

Entre esos hombres no hay diferencia alguna.

Todos pueden tutearse.

Palabra de honor.

D.

BODAS.

STECCHETTI.

No bajas ruborosa
los ojos y la honesta
frente, la alcoba es esta
do amor tiene su altar;
Desciñe el casto velo
y dobla aquí en la almohada
tu frente despojada
de flores de azahar.

Abre al amor los brazos,
desecha tus temores
y deja esos rubores
que en ti enciende el pudor;
No cubras con las manos
tu faz linda y lozana...
¡Hoy no, quizá mañana
podrás sentir rubor!

J. JURADO DE LA PARRA.

SALTO ATRÁS.



OMO apéndice á la ley de represión contra los anarquistas, ley que amasó el partido conservador sin la aquiescencia del Parlamento, se ha publicado el siguiente decreto, cuyo artículo único dice así:

«Las prescripciones de la ley de 2 de Septiembre de 1896 sobre facultades gubernativas para supresión de periódicos y centros anarquistas, y para el extrañamiento de los propagadores de ideas anarquistas y de los afiliados á Asociaciones comprendidas en el art. 8.º de la ley de 10 de Julio de 1894, se aplicarán desde la promulgación de este decreto en todas las provincias del reino.

Dado en San Sebastián á 12 de Agosto de 1897.»

O lo que es igual. La ley que desde su promulgación regía sólo en Madrid y Barcelona, se ha hecho extensiva á toda la Península é islas adyacentes.

Está bien. El Gobierno conservador está en su perfecto derecho para aplicar las leyes que le plazcan. La fuerza de las bayonetas será argumento más contundente, aunque no más convincente, que la fuerza de la razón.

Pero creemos que por ese lado y extremando sus violencias, no va á conseguir ningún resultado práctico é iremos derechos á la conquista de la monarquía absoluta.

Con la publicación de estos decretos no sólo se pretende acosar á los propagadores anarquistas, sino á los elementos más avanzados del radicalismo español que cualquier polizone quiera señalar con el dedo, y entonces habrá que temer por nuestras men-

guadas libertades, y entonces el único responsable de la catástrofe que aquí pueda sobrevenir, será el partido conservador, ese partido funesto que, haciendo gala de mantener el orden, ha conseguido perturbarlo más con sus arbitrarias medidas.

Hace poco, Carnot, presidente de la República francesa, murió atravesado el pecho por un puñal anarquista. Se le condenó á Caserio á la pena capital porque los legisladores franceses, como los legisladores españoles, no se han atrevido á desterrar de los Códigos esa horrible pena que, lejos de llevar la enmienda á los hombres les enfurece y conduce á la más extremada venganza.

No obstante, en Francia se sigue propagando este ideal, y sus mantenedores reuniéndose sin ser molestados por las autoridades. En Inglaterra se han refugiado los anarquistas españoles expulsados por nuestro Gobierno y allí se les ha facilitado albergue.

¡Qué diferencia entre unos y otros pueblos! ¡Qué tolerancia donde existe la democracia! ¡Qué intransigencia donde impera la reacción!

Aquí en España, donde las libertades políticas son un mito, no sólo se ha dado ese reaccionario decreto, sino que se ha publicado otra circular del Supremo, recomendando á los fiscales de Audiencia la más exquisita vigilancia acerca de la propaganda anarquista y conminando á estos funcionarios con las más rigurosas medidas si faltaren al cumplimiento exacto de lo dispuesto en aquella circular.

En la creencia de que el orden social está amenazado, los conservadores, gente mal avenida con todo lo que lleva el germen del progreso, han aprovechado estos momentos críticos para pasar ese decreto y esa circular sin protesta de los republicanos.

Nosotros que seguimos atentamente todas las palpitaciones de los partidos políticos españoles, que aplaudimos sin cesar todas las evoluciones que en sentido progresivo se realizan y que estamos dispuestos á conquistar palmo á palmo el terreno que nos falta para la exaltación de nuestros ideales, hemos de hacer constar nuestra protesta contra esa malhadada circular que va á iniciar torpe cruzada contra los socialistas y contra los mismos republicanos.

Conocemos de antiguo á los conservadores y sabemos por amarga experiencia sus bárbaros procedimientos en estos casos.

A pretexto de guardar el orden social, posible es que hagan dar con sus huesos en la cárcel á muchos infelices á quienes un polizone cualquiera delate como anarquista de acción, por gusto ó por hacer algún mérito á los ojos de sus jefes.

Y para que no se crea que exageramos, reciente está el caso de los socialistas de Bilbao. A la luz del día se les persiguió sin otro motivo que el de ser socialistas. Se recabó del ministro de la Gobernación un decreto por el que se les incapacitaba en el ejercicio del cargo de concejal. No se les permitió que se reunieran en Bilbao so pretexto de que iban á alterar el orden obligándoles á hacer un viaje á San Sebastián.

Venga de donde viniere, condenamos el crimen y aplaudimos todas las disposiciones que tiendan á extirpar los malos instintos de los hombres.

Pero creemos sinceramente que ese decreto sólo ha de servir para exacerbar los ánimos de los de abajo contra los de arriba, de los menesterosos contra los potentados, de los que padecen contra los que gozan, y entendemos asimismo que esa nebulosa circular ha de prestarse á torcidas interpretaciones y á muchas y muy graves iniquidades.

FRANCISCO MACEÍN.

CUENTOS NUESTROS.

ALMA CIFRA.

¡Endemoniado arrobamiento...! Las visitas á la mujer ambicionada imprimían á sus números, esos números á que venía á reducirse su alma de cambista, vitalidad extraña. En los 1 y en los 4, gallardos y angulosos, entreveía mancebos apuestos que se lanzaban sobre los 2 y los 5, tan femeninos con sus líneas redondas, volcándolos sobre los 3 y los 6, completamente curvos, blandos, muelles, como lechos para el amor contruidos. Y le turbaban profundamente ese 7, tan entero, tan brioso, tan varonil; ese 8, de seno elevado, cintura de avispa y vientre fecundo de ídolo con flancos de diosa, y ese 9, que es el retrato del germen universal, con su cabeza enorme y su apéndice á guisa de cola, ese 9 que es el símbolo mismo de la vida, fruto feliz de la unión del 7 con el 8...

Se sentía dichoso. Con la aceptación de sus amores por la viuda de su antiguo principal, ahogaba definitivamente la pesadilla de los alquileres que caían inexorablemente, á perturbar y corromper sus ensueños. Los otros gastos, las mismas pérdidas que á veces

acarrea su negocio, no le eran tan dolorosos. Cuando menos llegaban sin anunciarse tocándole á la puerta, y aunque le apuñalaban al presentarse, curaba sus heridas con las ganancias imprevistas que, tarde ó temprano, las cicatrizaban. Pero los 23 duros de alquileres eran implacables, no sólo por ser inevitable desembolso de todos los meses, hoy 23 y mañana 23 y siempre 23, sino que con ellos no podía solazarse nunca construyendo imaginativamente la cifra-símbolo de su menguado capital: ¡siempre tenía que rebajar una parte, la de los días que pagaba con ese 23, agüero de desgracia, *memorandum* de descomposición!

Ahora que con su proyectado matrimonio iba á deshacer el 23 odioso, creía acercarse á su pedazo de tranquilidad en este mundo. ¡Bien se lo habían ganado sus sufrimientos! En sus primeros años de residencia en Cuba mantúvose rebelde á su destino. Le angustiaba su vida de febril inercia. Esa Plaza del Vapor de la Habana, con sus mercaderes sumidos en el cuchitril y el espíritu desvanecido en el vértigo del negocio, le era hondamente odiosa. Se ahogaba en el medio metro de su tenderete. Mientras los dedos apilaban automáticamente montones de duros y el lápiz garabateaba las operaciones de los cambios, se sumergía su alma en las llanuras de su tierra castellana y soñaba desenfundadas correrías por los rojos labranzillos, aguijoneado el cuerpo por el sol de la canícula ó por el cierzo del invierno.

¡Cómo aborrecía, en sombríos y silenciosos tedios, su vivir esclavizado y su brega mecánica de ajustador de números, monedas y billetes! ¡Cuántas veces le acometió el deseo de arrojar á puñados metales y papeles y lanzarse por esas calles, corriendo como un galgo!

Quiso su suerte que el principal le protegiera interesándole en el negocio y muriéndose, más tarde, y dejándole dueño absoluto de la vidriera de cambio. El aliciente de la ganancia, fué trayendo su espíritu de las llanuras de Castilla á las monedas de su tienda.

La «numerización» de su alma se inició en la Bolsa. Cuando los bruscos altibajos de los valores creaban y destruían las fortunas, abstraíase en hondos divagares, fingía operaciones y gozaba forjando las cifras de fabulosos beneficios. Y al deslizarse su vida entre números y monedas poco á poco, se fué formando su ideal. La dicha, pensaba, consiste en acrecentar incessantemente la cifra-símbolo de la fortuna: el dolor está en descomponerla aminorándola.

Sus alegrías llegaron á representarse en guarismos; los de sus ganancias efectivas y aun los de las soñadas. Más de una vez, al tiempo de acostarse, luego de recoger con cuidado escrupuloso libros y dinero y de encerrarlos, al borde de su catre, en maciza férrea caja, oía distintamente el murmullo de un torrente de oro, desaguando en sus manos abiertas, y veía la cifra de su activo bailar en la obscuridad, con números que se coloreaban y engrandecían, dejándole ofuscado con su brillo.

Sus pesares eran también guarismos. Los gastos escasos de su vida se le antojaban traidores arañazos apestados á su cifra; las monedas falsas, colmillazos recibidos de espaldas. Cuando la baja del billete le cogió repleto de papel, el total de la pérdida, pedazo arrancado al capital, fué un trozo de su alma que la desgracia le partió de un hachazo. Más de una noche despertábase estremecido, y palpaba la caja para cerciorarse de que ningún intruso venía á desbaratar su fortuna, su cifra, su alma...

Pero aquel día era feliz. El timbre de los duros que recontaba sonábale como á entusiasta músico una sinfonía de Meyerbeer. Dividía las pilas de veinte pesos con idéntico cariño al del artista que marca los compases. El son estridente de la pieza falsa le hería los tímpanos, como hiere los de sensible músico chillón desafinado.

En esto se le acercó un cliente. Cada parroquiano lo tomaba por un cero en descomposición hasta tanto que dejaba entrever la ganancia de su cambio; una ecuación de varias soluciones y complicado estudio. Mas la incógnita se despejó muy en breve; se trataba de un negocio loco. Un comerciante acaudalado necesitaba realizar á todo trance su plata para tener oro con que satisfacer numerosos vencimientos. Estaba la plata al 92 por 100, y el cliente, impulsado por la premura del tiempo, vendía 8.000 duros al 90 y $\frac{1}{2}$ ¡120 duros ganados de golpe, en un abrir y cerrar de ojos! No contaba con dinero suficiente para la operación. Toda su fortuna, ¡pobre cambista de miserables centenes!, apenas si pasaba de 1.500 duros. Pero tenía crédito, no en balde llevaba tantos años en el gremio. Varios amigos le facilitaron el dinero necesario. Se cercioró de no recibir ni una moneda falsa; realizó el negocio. Aquel día los números de sus ensueños se le aparecieron más hermosos, más lúcidos, más brillantes.

La Bolsa de la tarde era presa de extraordinaria agitación. Corredores y cambistas rugían furiosamen-

te. ¡Era un atropello, un agiotaje inicuo! ¡Qué sucede? Nada menos que el Banco Español se niega á admitir la plata filipina. ¡Y circula medio millón de duros de semejante moneda, que habría que colocar con un 30 ó 40 por ciento de pérdida! Nuestro cambista tuvo un presentimiento. Corrió á la vidriera, abrió la caja, recató la plata... ¡Sus ocho mil duros eran de moneda filipina!... ¡El negocio del día!

Era la descomposición final. Los números de su cifra se descoyuntaban, se desquiciaban, se desparaban como si entre ellos explotara dinamitesca bomba. Quería retenerlos, cerraba los puños al espacio pretendiendo cogerlos con las manos... ¡Brega imposible!... ¡Volvían de vacío! ¡Le abandonaba su propia alma!

Necesitaba rehacer toda una vida. ¡Volver á la dependencia, renunciar á sus numéricos amores, recomenzar! Y no tuvo valor.

En el cajón estaba la única panacea posible, los seis ceros de la tranquilidad. No vaciló. Al juntar el cañón del revólver con la sien, apretó el gatillo y salió el cero, el cero definitivo.

Y antes de que el mar de la obscuridad y del silencio anegara las últimas ideas, vió á los números que eran su vida, salir por las órbitas de sus ojos desencajados, saltar por encima de su cráneo sangriento, bailar en corro alrededor de su cuerpo tendido, cantarle entre risas y algazaras funerales sarcásticas, y luego, en un arranque, aglomerarse todos en un punto luminoso, como los colores del arco iris se funden en el blanco, extenderse ese punto de luz y formar un cero, de centro negro y elipse fosforescente que se agrandó en correr de gigante por el espacio, hasta perderse de vista á lo lejos y desvanecerse en el vacío intenso.

RAMIRO DE MAEZTU.

EL PECADO ETERNO.

SONETO.

No; no culpéis á la mujer primera
porque sació con ansia su apetito,
ni al padre Adán que del manjar bendito
gustó con su agradable compañera.

La culpa es del manjar, que entonces era
más incitante por estar maldito...

¡Si el gozar del amor fuera delito,
yo también, siendo Adán, le cometiera!

No se apaga el volcán de las pasiones;
es eterna la sed de los placeres,
y ayer lo mismo que hoy y hoy que mañana,
serán ciegos Adanes los varones
y Evas encantadoras las mujeres...

¡siempre iremos en pos de la manzana!

ANTONIO PALOMERO.

EVOLUCIÓN Ó INNOVACIÓN.



¿VIZÁ no haya existido época más irreligiosa que la nuestra, y no obstante, difícilmente se hallará otra á la cual hayan agitado más las cuestiones religiosas. Acabamos de salir de un período en que la indiferencia se aliaba á una adhesión rutinaria á la costumbre, en que el terror religioso no quería percibir incompatibilidad entre las formas religiosas tradicionales y el espíritu de los tiempos modernos. Nuestros padres eran en realidad bastante conservadores para ver en la práctica del culto una cosa conveniente, y suficiente ilustrados para reirse del que les hubiese dicho que llegaría un día en que las cuestiones religiosas recobrasen su imperio sobre el pueblo, le inflamasen y le extraviasen todavía; mas en esta conducta de dos caras, no veían ninguna contradicción.

Al mismo tiempo la crítica teológica, histórica y filosófica proseguía su obra sin darse punto de reposo (basta tener presente á Schopenhauer, Strauss y Feuerbach), y el espíritu moderno se desenvolvía con un vuelo que casi pudiéramos decir arrebatado; estas dos potencias coaligadas arraigaban cada vez más la convicción de que en los puntos más esenciales, las formas religiosas de la tradición se compadecían muy mal con la idea que nosotros nos formamos del conjunto de las cosas. Por otra parte, dos hechos demostraban el error que había cometido el indiferentismo ilustrado al imaginar, ora que la religión ha perdido su poder sobre el pueblo, ora que éste puede vivir sin ella. Por un lado la Iglesia católica se levantaba con una vitalidad que inspiraba temor y espanto, demostrando la fuerza que aún tiene para fanatizar á las masas cuando persigue este objeto con energía y cons-

tancia; por el otro y como diametral oposición á esto, la vergonzosa brutalidad alardeada por la democracia social al saludar con júbilo los horrores de la *commune* parisiense, señalaba hasta qué punto de depravación descende el pueblo cuando ha perdido con la religión, la sola forma bajo la que le puede ser accesible el idealismo.

Después de tan vivas demostraciones, es imposible para el que aspire dar al pueblo una cultura más elevada, dejar de comprender que la religión le es indispensable como principal resorte educador para desarrollar en él el sentido de lo ideal, que, si el progreso pretende abandonar este factor, no hace más que favorecer tendencias hostiles á la civilización, y que, en fin, á pesar de esto, las confesiones tradicionales de la religión no pueden servir de sostén á una era de desenvolvimiento intelectual, con la cual sus principios fundamentales la colocan en abierta contradicción.

En situación semejante, el problema religioso no puede menos de imponerse, y se explican perfectamente los esfuerzos que por todas partes se hacen para producir una religión que, armonizándose con el espíritu moderno y los fines de nuestra civilización, esté á la altura de su misión, que no es otra que la de procurar la educación ideal del pueblo. Es muy natural que estos esfuerzos se dirijan á las religiones tradicionales, ya porque al comenzar todo nuevamente parezca empresa temeraria ó imposible, ya porque la continuidad histórica se haya impuesto á la conciencia moderna como un bien inapreciable, imposible de reemplazar, y para conseguir el cual ninguna concesión admisible debe parecer excesiva.

Sin embargo, por muy dignos que sean de nuestra estimación particular los hombres que consagran su vida á una obra de interés tan capital, cabe bien el preguntarse seriamente si el sostenimiento de la continuidad en un sentido estricto es posible todavía en nuestra situación histórica, ó si, después de todo, es uno de esos momentos de la historia en que una gran idea ha recorrido todas las fases de su evolución y se ve irrevocablemente condenada á dejar la escena para ser reemplazada por otras ideas madres, no sin que deje de transmitir á la fase de la nueva evolución algunos de sus elementos más importantes y de formar engranaje en las otras para la nueva vida que comienza á apuntar. Si se adoptase el segundo término de esta alternativa, la continuidad histórica, en su sentido amplio, se salvaría, aun cuando se verificase la ruptura con los principios directores del período anterior y la admisión de gérmenes fecundos importados de lejos.

No obstante, como todas las reformas, como todas las nuevas fases de una evolución en el interior de un mismo ciclo, proceden más ó menos de la introducción de nuevos gérmenes de ideas, y por otra parte también, al terminar un antiguo ciclo y al comenzar uno nuevo, las nuevas ideas fecundantes no caen del cielo sino que se remontan á la evolución de la cultura anterior, se ve que en definitiva los dos casos no difieren más que en el grado, esto es, que su diferencia descansa esencialmente en la medida de la importancia relativa que pretenden por un lado los elementos conservados de la evolución anterior, y por otro los nuevamente importados. Que bajo este punto de vista se compare el nacimiento del Budismo en el seno del Brahamanismo con la aparición del Cristianismo dentro del Judaismo, y se comprenderá mi pensamiento.

Sería un error el creer, sin embargo, que la diferencia de grado ó cuantitativa nada tiene que ver con la diferencia cualitativa. No acontece esto en la naturaleza; las diferencias de grado cuando traspasan cierta medida aparecen como diferencias cualitativas (considérese por ejemplo la diferencia entre el alma de la bestia y el alma humana) y llegan á producir, según las circunstancias, un cambio brusco de cualidad (recuérdese la modificación del estado de cohesión que acompaña al ascenso ó descenso de la temperatura). Así es que la introducción de nuevos gérmenes de ideas y la expulsión de los antiguos principios llevados hasta cierto punto, dejan á salvo la continuidad histórica en su sentido estricto, mientras que, traspasando ciertos límites, se observa claramente la ruptura con el estado anterior y el advenimiento de una nueva dirección.

Apliquemos estas consideraciones á la marcha que sigue la evolución de la idea cristiana, y hé aquí la cuestión que se presenta: ¿se ha hecho sentir la necesidad de debilitar tanto la tradición, que lo que resta no sea capaz de producir el entusiasmo religioso? Después; estas supresiones que han llegado á ser indispensables, ¿no constituyen verdaderas piedras fundamentales de la fe cristiana y no han quitado deseo de habitar un edificio privado de sus cimientos, en tanto que no hayan sido reemplazadas por nuevas piedras las que se le han arrancado? Las reflexiones que hemos expuesto sobre la necesidad general de una religión y la imposibilidad de conservar una hostil al desenvolvimiento de la cultura moderna, pueden sumir á muchos espíritus sinceramente deseosos del bien de la humanidad en tales angustias, que sin dejar

de hallarse convencidos de que los pilares arrancados son irremplazables, se mezan en la dulce ilusión de que una casa de tal modo probada, conserva todavía bastante solidez para invitar á los pasajeros á entrar en ella. Como ya hemos dicho, tal ilusión nada debilitará nuestro respeto personal hacia las dignas aspiraciones de estas personas, más la providencia científica obliga á aquel, cuya inteligencia no sufre la acción perturbadora de la voluntad, le obliga, decimos, á preservarse de semejante ilusión y á reconocer con franqueza las condiciones insostenibles del edificio religioso falseado y derruido en todas sus partes por el espíritu crítico de nuestra época, abrigando la esperanza de que la insuficiencia, una vez afirmada, y la miseria cruel que esto producirá, llegarán á ser el estímulo más enérgico de la investigación y descubrimiento de nuevas ideas religiosas que vengan á sustituir con ventaja á las que ya están gastadas.

Cuando un negociante rico se declara en quiebra, hará muy mal en abusar de aquello que ha podido salvar del fracaso; pero, ¿cuál será el mejor partido que podrá sacar de su lamentable posición? Aceptarla cual es en realidad, y desplegar para levantarse pronto la mayor actividad posible. Del mismo modo urge, en nuestro sentir, que examinemos de más cerca nuestro gran libro para que sepamos cómo nos hallamos en punto á creencias religiosas y hacernos cargo de la relación que existe: por una parte, entre nuestro *haber* actual y la opulencia de otros tiempos, y por otra, entre este *haber* y las necesidades religiosas que piden ser satisfechas.

A fin de prevenir todo error, hago constar expresamente que no es mi intención el entrar aquí en polémica con los dogmas fundamentales del cristianismo positivo. Me dirijo tan sólo á los lectores que ya tienen detrás la crítica de estos dogmas, para celebrar consejo con ellos é indagar si el *protestantismo liberal* es capaz, como él lo afirma, de indemnizarnos de nuestras pérdidas, ó en qué dirección hemos de buscar el equivalente de los bienes extinguidos.

EDUARDO HARTMANN.

HIGH LIFE WILLARDS.



TENGO para mí que un prestamista inglés dió nombre al noble juego del billar.

En Inglaterra sirve de signo convencional á los establecimientos donde se da dinero sobre ropas y alhajas, una especie de rosario de tres bolas del tamaño de naranjas que penden y oscilan sobre las puertas de las casas de préstamos.

Un Matatías del gremio, llamado *William*, se entretenía, después de cerrar, en hacer carambolas con las bolas del anuncio, valiéndose de la vara de medir, de la *yarda*, como taco, del mostrador, como mesa; y de algún rollo de tela, como *bandas*.

Este fué el origen del *billar*, juego apellidado con razón de la *yarda de William* ó de *William-Yard* ó *Willard*.

Es regla gramatical constante que se ha de conservar la forma de las palabras exóticas cuando puedan pronunciarse en nuestro idioma, y como muy bien podemos decir *Villar* conservando las letras de origen en la palabra inglesa, no me he explicado nunca por qué escribimos *Billar*.

Pero en fin, yo no me propongo arreglar en este artículo nuestra averiada ortografía, ahora escribo para el inglés que ha plantado el letrero en la calle de Alcalá—*High Life Billards*—para llamarle la atención sobre la inconveniencia de no seguir la ortografía de su propio idioma, y ya que lo impuso en inglés—para mejor inteligencia del público español—que lo escriba por lo menos con propiedad.

En un palacio de la Castellana he leído esta inscripción: *Ignacio Figueroa fecit anno, etc.*—yo no conozco ningún arquitecto que se llame *Figueroa*—pero sea quien quiera el autor

del palacio y del rótulo, le he de aconsejar que lo reforme, el rótulo, no el palacio.

Desde luego se ve la intención de escribir en latín, por el verbo *fecit* y el nombre *anno*; pero por Dios y por Antonio Nebrija que Ignacio Figueroa no es latín, ni Raimundo Miguel que lo soñó.

Se ha querido hacer una oración segunda de activa de la que es sujeto *Ignacio Figueroa*, esto es, *Ignatius vel Egnatius à Figueroa* para dar á entender á perpetuidad que hizo aquella casa, en aquella fecha; lo cual que si el Sr. Figueroa no fué el arquitecto, también resulta impropio el concepto, porque en realidad de verdad no hizo *fecit* el palacio; y, si el nombre de Ignacio Figueroa, *Ignatius à Figueroa* es el del propietario, todo estaría arreglado con decir que le mandó edificar.

Ignatius à Figueroa edificare jussit, en vez del *fecit* que se reservaron siempre los autores y que es tan corriente hallar en las obras de arte.

Y pido perdón humildemente á los Sres. Bañón y Figueroa á quienes no tengo el honor de conocer y de quienes me ofrezco su más atento y seguro servidor,

TOMÁS LÁTIGO.

MOUNET-SULLY.

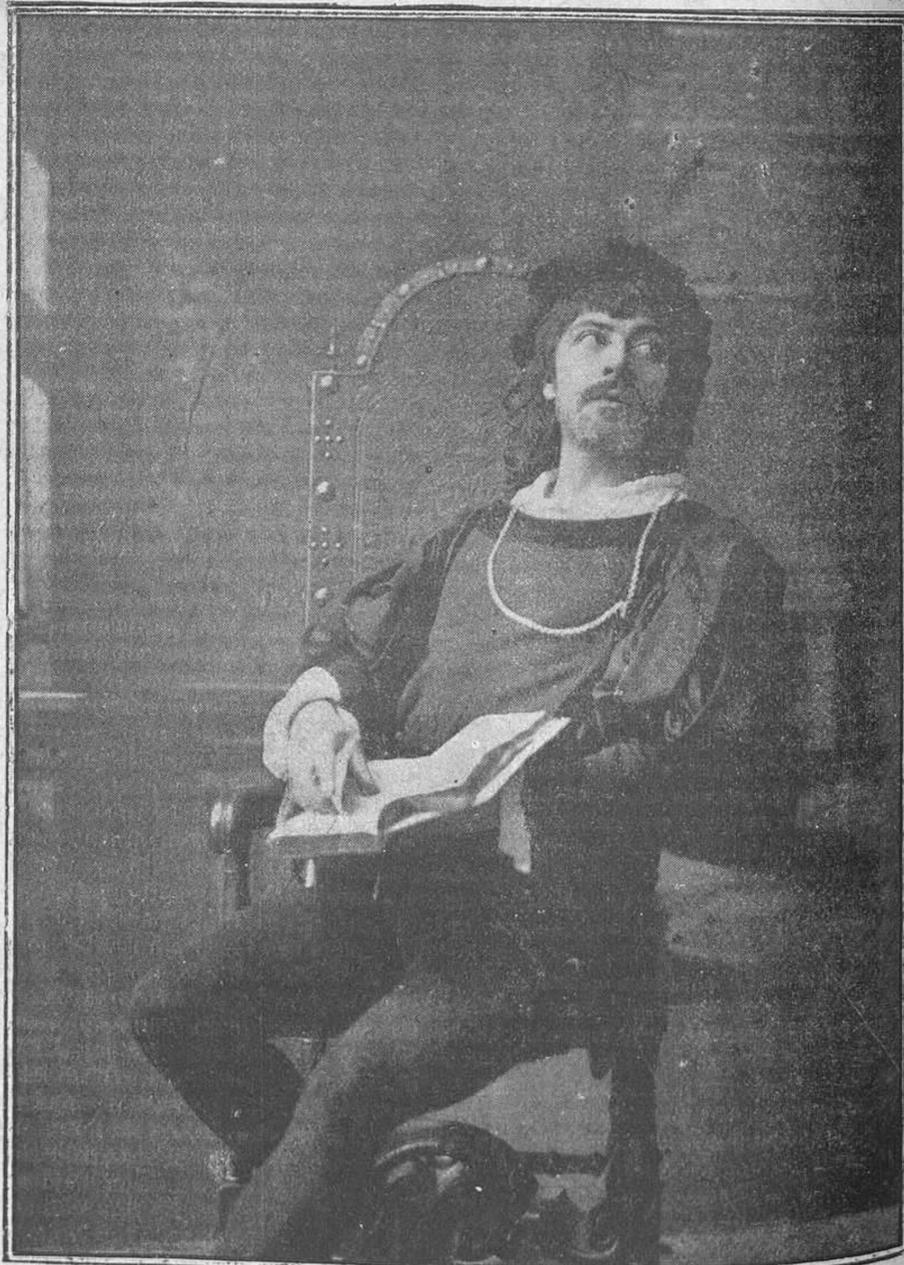


HAY actores (verdaderos actores, los que no podrán ser nunca más que actores) en los cuales domina sobre todas, la cualidad de la *imitación*, cualidad de orden inferior, que les permite adaptar la figura, la voz, los ademanes, á los diferentes tipos que representan, con pasmosa variedad de expresión.

Otros actores, verdaderos artistas, poseen un temperamento artístico tan personal, tan dominante, que en vez de entrar ellos dentro del personaje representado, es el personaje el que entra en ellos para adaptarse á las condiciones del artista. Mounet-Sully (parecido en esto á Rafael Calvo) pertenece á esta última clase de actores-artistas. Represente al personaje que represente, siempre es Mounet Sully, pero siempre es un gran artista. El Hamlet, representado por él, no será Hamlet, pero es un *Hamlet*.

Mounet-Sully es sin duda el artista de mayor inspiración en la moderna escena francesa y el único capaz de revivir en el espíritu moderno las grandes obras trágicas de Sofocles; como *Edipo* y *Antigone*, que hallan en él intérprete admirable.

J. B.



PARTIDO OBRERO FRANCÉS.

FEDERACIÓN DE LOS TRABAJADORES SOCIALISTAS.

París 9 de Agosto de 1897.

I.

JULES Guesde, el apóstol de las doctrinas colectivistas, triunfó en el Congreso de Marsella el año 1879. Allí quedaron vencidos definitivamente los partidarios de la mutualidad y de la cooperación, los viejos proudhoniens, los amigos de Proudhon. Sin embargo, la separación de unos y otros no se verificó hasta 1880. Guesde se hizo entonces dueño exclusivo del campo, y con ánimo de autorizar más sus doctrinas fué á Londres y obtuvo de Marx y de Engels un programa expreso, á manera de ley suprema para Francia. Así se formó el *partido obrero francés*.

El exclusivo dominio de Guesde acabó pronto. Joffrin se le rebeló con la publicación de otro programa. Los antiguos desterrados de la Commune, y con ellos Brousse, se aprovecharon de la disidencia y el resultado fué que en 1882 riñeron la batalla. Guesde quedó vencido en el Congreso de Saint-Etienne por la mayoría, á cuyo frente se puso Paul Brousse.

La minoría se retiró á Roanne, protestó, recabó el título de *partido obrero*, y tanto hizo por reponer sus fuerzas que, en efecto, poco después eran más numerosas que nunca. Hoy tiene este partido sobre 840 grupos, que representan unos 200.000 adictos. La región del Norte les pertenece y en París ocupan el tercer puesto (el primero es de los alemanistas, de quienes hablaremos, y el segundo de los blanquistas, de los que ya hemos dicho lo principal).

Guesde es el gran marxista francés; pero su programa no es ya el mismo recibido de Londres. La huelga general y la revolución se han atenuado con el parlamentarismo y la política. En 1883 decían los guesdistas que las campañas electorales sólo servían para la educación de los indiferentes y de los refractarios á las reuniones en tiempos ordinarios. Hoy aspiran á la conquista de asientos en las Cámaras y en los Municipios, para realizar desde ellos las reformas que les fueren posibles. El fin que antes exclusivamente se proponían era la expropiación de la clase capitalista y para ello no veían más que un medio: la acción revolucionaria. Pero ahora reconocen que «debe transportarse la acción al terreno político, donde la victoria es segura, porque en ese terreno el trabajador es igual al patrón y aun superior á él por razón del número. En cambio, la lucha en el terreno económico sería la derrota.»

En el concepto de la propiedad también ha modificado sus aspiraciones este partido. En 1879 decía Guesde que era preciso «apoderarse de los capitales para restituirlos á todos, incluso á los mismos despojados á los cuales se debe su parte alícuota. De esos capitales, unos, como la tierra, no son de creación humana, son anteriores al hombre y constituyen un elemento preciso de existencia. Por consiguiente, no pueden pertenecer á unos sin que los otros resulten robados. Y hacer que los ladrones restituyan lo que robaron, no solamente es un derecho, sino un deber, el más sagrado de los deberes». Hoy el *Partido obrero francés* separa la grande y la pequeña propiedad de la tierra y salva de la reversión esta última.

Son muchas las acusaciones de inconsecuencia que contra Guesde y sus amigos se publican. Pero ni él, ni Paul Lafargue, ni los demás que constituyen el Consejo de esta agrupación socialista son capaces de intimidarse ni de renunciar al camino que siguen.

Cuatro diputados tiene el *Partido obrero* en la Cámara: Guesde, Chauvin, Jourde y Carnaud. A ellos se deben proposiciones de ley con los siguientes fines:

Organización del derecho de huelga.

Trabajo de ocho horas por día y seis días por semana, en las minas, manufacturas, fábricas, almacenes y ferrocarriles.

Cargo á los explotadores de minas de la totalidad de las sumas que se pagan para las cajas de socorros y de retiro de sus obreros.

Modificación á las disposiciones vigentes sobre pensiones á marineros y pescadores.

Impuesto sobre los cotos de caza, aplicable á una caja nacional de maternidad. Modificaciones á la ley de caza.

II.

Paul Brousse quedó al frente de la mayoría en el Congreso de Saint-Etienne. Conservó Jules Guesde el título de *Partido obrero* y los allí reunidos tomaron el nombre de *Federación de los trabajadores socialistas*.

Brousse no fué nunca verdadero marxista. Se afilió á la Internacional durante su permanencia en España; pero al volver á Francia y ver de qué manera se ejercía el poder tiránico de Marx, rompió abiertamente con éste. «No consiste el marxismo en ser partidario de las ideas de Marx: tomando éstas en su sentido

amplio; muchos de los adversarios de Marx seríamos marxistas. El marxismo consiste, sobre todo, en el sistema que se dirige, no á divulgar la doctrina de Marx sino á imponerla, y en todos sus detalles.»

Y en otro lugar añadía Brousse: «Hay en Londres dos hombres de talento: Marx y Engels; pero estos hombres tienen una pretensión inaceptable: la de que todo el movimiento socialista se contiene en los límites de sus cerebros.»

Separado de Guesde, acentuó Brousse más sus teorías moderadas, conforme á lo que ya había escrito anteriormente: «Pedimos que se haga algo, lo que fuere posible, y que de revolucionarios de palabra pasemos á revolucionarios de hecho.» De estos conceptos de prudencia sacaron los enemigos de Brousse la calificación de *posibilista*, aplicada primero al partido de Guesde y luego en especial á la agrupación de Brousse.

Las teorías colectivistas tienen ese tinte de moderación en el partido que examinamos. No predica éste la lucha de clases ni la huelga general. No quiere cambiar la tiranía de las grandes empresas por el monopolio de los obreros. Destruir un abuso — dice — no ha de ser para caer en otro de distinta forma. La base de su procedimiento es la transformación de los servicios públicos. La reversión de los ferrocarriles al Estado, hará que poco á poco se limite el coste de los transportes hasta llegar á la condición de servicio gratuito. Y lo mismo el correo. En otro tiempo costaba el envío de una carta precio proporcional á la distancia recorrida. Hoy, por el mismo precio va una carta á distancia pequeña que á distancia grande. Llegará un momento en que sea tal el número de millones de cartas que la anulación de los sellos cueste más que el importe de los mismos sellos. Y entonces tendremos el servicio gratuito.

Pero no son estas las atenciones á que con más urgencia debe consagrarse el Estado. Hay otra necesidad más apremiante: la del hambre. El pan es el primer elemento para el obrero. Paul Brousse comienza por las panaderías municipales que den el pan gratuito, á los menesterosos primero y luego á todos.

Servicios públicos deberían ser también el suministro de semillas y de máquinas para la agricultura. Pero en tanto que llegan á su condición de gratuitos, estos servicios deben organizarse de modo que se presten por su estricto precio de coste.

En suma, la doctrina de Brousse rechaza las perturbaciones y trastornos. «Hágase comunista la propiedad si ese comunismo es fraternal y legítimo, pero no si hay que expropiar á la burguesía y socializar el capital por fuerza. Lo cierto es que los hechos nos llevan sin violencias á la transformación deseada.»

Paul Brousse atiende con singular afecto á todos los obreros, y particularmente á sus electores, los que le han llevado al Ayuntamiento de París, único cargo público que desempeña. «La mayor parte de los que vienen á verme — dice en conversación que refiere Seilhac — son honrados obreros sin trabajo. No les contesto exponiéndoles que la culpa de todo está en el régimen detestable á que nos hallamos sometidos, y que por consiguiente el remedio es derribar ese régimen á toda prisa. Les digo que es muy malo ese régimen; pero que viéndonos obligados á sufrirlo transitoriamente, todo lo que puedo hacer es darles 10 ó 15 francos. Y con esto se van menos tristes y algo más resignados.»

A pesar de esto, el partido de Brousse es poco numeroso. El grueso de sus fuerzas se pasó al campo de los alemanistas, los más intransigentes y los menos simpáticos. Y es que hoy en materias de socialismo, como en materias de democracia en otro tiempo, la masa general se mueve por instinto, y para dirigirla preciso es apasionarla, aunque de la pasión resulte un extravío momentáneo.

Dos diputados nada más ha tenido el partido de Brousse en esta legislatura: Lavy y Prudentdervilliers. El primero murió hace poco tiempo. Queda el segundo, que es autor de una proposición de ley modificando el Código civil en materias de contrato de trabajo.

I. L. LAPUYA.

LA GENTE NUEVA.

BARA tranquilizar un poco al Sr. Azcárraga y demás timoratos del gabinete que, según *El Imparcial*, «ven visiones por todas partes y que para ahuyentar los fantasmas, se puede causar grave daño á los seres reales y positivos, y provocar en éstos la cólera;» reproducimos, sin quitar ni añadir palabra alguna, la impresión que en provincias ha producido nuestra actitud. Esperamos que contribuirá á disminuir «el terror que no les cabe en el cuerpo á los ministros,» según dicho colega, al menos en cuanto á nosotros se refiere. Escribe

La República de Mérida, dirigida por el distinguido poeta y antiguo redactor de *La Justicia* D. Luis Moreno Torrado:

«Promete el célebre crítico *Clarín* ocuparse desde *El Heraldo* de la llamada *gente nueva*, cuyo órgano es GERMINAL y en cuyas columnas se destacan con personalidad propia Dicenta, Benavente, Bark, Fuente, Delorme, Jurado de la Parra y Palomero, que forman el núcleo director de la simpática revista.

«Aceptan estos hombres en la política el puesto que la opinión les ha indicado, que es el de la extrema izquierda, bajo la denominación *Unión Republicana Socialista*, y en el arte son decididamente partidarios del naturalismo de Zola, socialista y positivista. Sin combatir partido republicano alguno, no aceptan ninguno de los existentes, basándose para explicar esta reserva en razones que no dejamos de respetar. Con la Fusión les une la admiración hacia el gran patricio D. Nicolás Salmerón, quien sería el candidato para la presidencia de la República que mejor les agradara; pero en ideas les separa un abismo de Morayta, Carvajal, Azcárate y otros.

«Mayores afinidades tiene la gente de GERMINAL con los federales y progresistas, que abogan igualmente por un amplio programa social, y los más caracterizados como Dicenta, Fuente, Palomero y Bark, provienen del partido progresista, habiendo conseguido el último de los citados que el partido de Ruiz Zorrilla hiciera suyo el socialista *Ministerio del Trabajo*, bandera de combate del socialismo positivo. Si han abandonado al progresismo, sólo ha sido por el exclusivismo personal de los elementos antiguos, que en estos organismos viejos ahoga la voz de los recién llegados. Por esto combate GERMINAL con tanta insistencia las jefaturas «vitalicias» y los «dignatarios vitalicios» en el partido pactista, progresista y obrero del compañero Iglesias.

«Con Pí y Margall se confunde casi por completo la nueva corriente, salvo naturalmente en lo relativo á la jefatura unipersonal y la organización autoritaria en cierto modo. Coinciden en las ideas los pactistas de tal modo con GERMINAL, que éste declara *correligionario* suyo al *Francoñ* de Tarragona al aceptar éste el colectivismo y la abolición del salario por medio de la participación en los beneficios, puntos fundamentales del programa de la fracción republicano-socialista. Las diferencias que puedan existir entre la descentralización de los progresistas y el federalismo aplicado con tino y tomando en consideración las circunstancias del presente estado del país, que hace peligroso para las libertades el poder excesivo de las influencias locales, no son realmente mayores de las que hay dentro de la fracción socialista, puesto que Delorme aboga por la autonomía política de los municipios, mientras que Bark sólo les quiere conceder la administrativa.

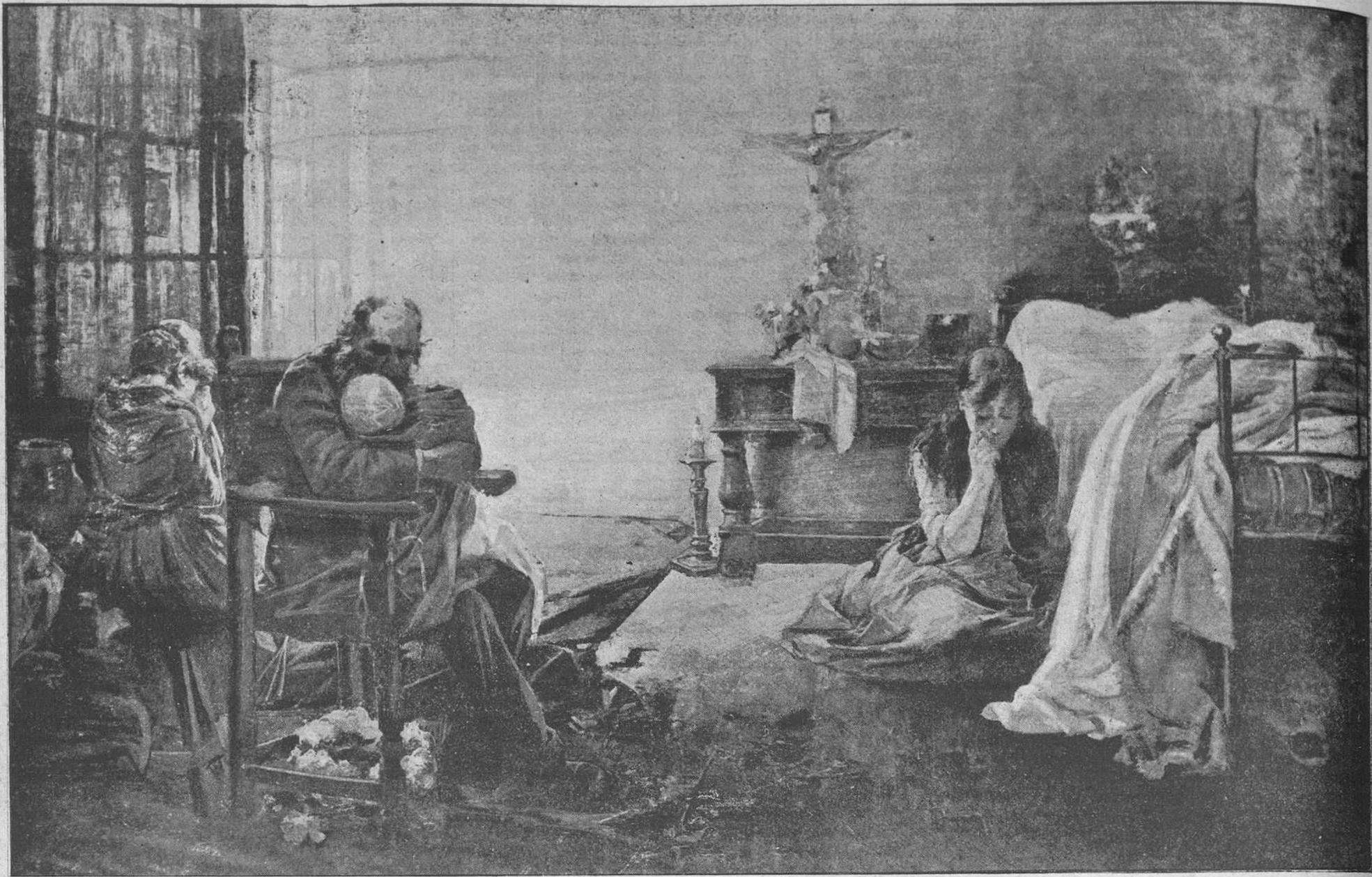
«Ante la gravedad del problema social han perdido la importancia que antes tenían estas cuestiones, porque todos estamos conformes en que hay que descentralizar lo más que se pueda; pero que no es asunto de esencial significación, sino de solución accidental. El espíritu de sistema del anciano Sr. Pí y sus íntimos hacen revivir de cuando en cuando este vetusto problema de la democracia española. La generación de hoy no puede entusiasmarse por él y le pospone al inmenso problema de reorganización social.

«Sin entrar en un análisis del programa político-social de la *gente nueva*, tenemos que reconocer que bajo el punto de vista jurídico, económico social y financiero representa un sistema completo. En particular despierta la atención la manera como piensan resolver el conflicto de Hacienda, expuesto en un concienzudo estudio titulado «La Revolución Financiera.» Finalmente, original es basar la transformación social en la ley que obliga á los patronos á dar participación en los beneficios á los obreros ó empleados. Respecto al conflicto de Cuba abogó GERMINAL por una amplia autonomía administrativa y una política resuelta contra las pretensiones de los yankees.

«Notable y de verdadero interés científico es la *Estadística Social*, que está haciendo la redacción del semanario respecto al modo de vivir de las clases trabajadoras y artesanas en España. El último número trae un artículo referente á esto, escrito por un dependiente de comercio de Madrid, que es un grito de desesperación más bien que otra cosa. Escritos de esta clase conmueven la opinión y hacen reflexionar al más egoísta en las terribles antinomias de nuestra vida social.

«Después de lo dicho sólo queda preguntar: ¿Por qué no se organiza esta corriente republicana socialista en un partido político para derribar en unión con los republicanos de la Fusión la monarquía? ¿Por qué no recorren Dicenta, Bark, Delorme, Fuente, Palomero y los otros prestigiosos redactores de GERMINAL las provincias propagando sus ideales y organizando las masas?»

UN REPUBLICANO SOCIALISTA.



FERNANDO CABRERA.—HUÉRFANOS.

LA REVOLUCIÓN POR EL CEREBRO.

El cerebro es precisamente la parte de la fisiología del hombre, donde más tiene que estudiar aún la ciencia.

El funcionamiento de todas esas circunvoluciones é innumerables células que componen la masa encefálica; esas transformaciones misteriosas que allí se suceden, de la sangre en otras materias, hasta lograr la formación de la inteligencia y la elaboración de la voluntad y de la memoria, son otros tantos secretos que la naturaleza guarda aún en lo más profundo de sus arcanos.

Sin embargo, la ciencia establece ya en nuestros días que el pensamiento no es de origen divino y mucho menos una de las facultades de ese supuesto espíritu inmortal en el hombre, como sostienen y han sostenido siempre todas las religiones positivas, sino que es una fuerza formada en el mismo cuerpo, y fuerza que se halla supeditada lo mismo á la salud que á las enfermedades del organismo.

Así por ejemplo, si la inteligencia fuese en efecto una de las facultades del alma, como proclaman á una, de manera más ó menos análoga, las religiones dogmáticas diversas que en nuestro planeta existen, y el alma ha sido hecha por Dios á su imagen y semejanza, que dice el catolicismo, ¿cómo es que no está dotada en el niño de las mismas facultades que en el hombre? ¿Es que por ventura tiene el niño de pecho y el que ha llegado ya á los dos años, idéntica inteligencia, voluntad y memoria, que un hombre que pasa de los veinte?

¿No indica esto que si la inteligencia del niño que lacta no adquiere la misma fuerza que en el hombre, es pura y simplemente, porque sus órganos no tienen aún aquella consistencia que caracteriza al que ha pasado ya la infancia?

En efecto: en muchos de los órganos del cuerpo humano, tales como el estómago, el hígado, los intestinos, las glándulas salivales, los testículos, etc., se elaboran productos necesarios para el funcionamiento del cuerpo humano: los jugos gástrico y pancreático, la bilis, el licor intestinal, la saliva, el licor prolífico y otros. ¿Por qué el pensamiento, que como se ve es una consecuencia de la materia, no habría de ser un

producto, una secreción del cerebro formada en idénticas condiciones que esos otros productos que acabo de nombrar?

Que el pensamiento es un producto orgánico no hay para qué dudarlo; cualquiera de esos ataques que lesionan el cerebro y perturban su funcionamiento, inutilizan completamente la inteligencia, enervan la voluntad y apagan la memoria.

Algunos fisiólogos, siguiendo las doctrinas del médico de D. Juan de Austria, Juan Bautista Juanini, que ya el siglo xvii llamaba al pensamiento *espíritu animal*, establecen la hipótesis de que en el cerebro se efectúa una fermentación parecida á la experimentada por el jugo de la vid, y mediante la cual el oxígeno de la sangre arterial que baña toda la masa encefálica cámbiase en ácido carbónico, ácidos cerébrico y oleofosfórico, otras substancias menos importantes y un gas productor, por decirlo así, de las ideas, de la voluntad y de la memoria.

Todo esto, como dejo ya consignado, es una hipótesis, pero hipótesis con grandes visos de llegar á ser mañana una exacta realidad.

Varios hechos comprueban los grandes visos de verosimilitud que á la hipótesis en cuestión caracteriza.

Cualquiera ha podido comprobar por sí mismo que, ingerida una dosis módica de vino ó de alcohol en su estómago, no ha tardado en encontrarse su pensamiento más claro y las ideas más fáciles y profundas. Y al contrario, si del vino abusa, se embrutece primero para perder del todo la inteligencia y la memoria.

¿Qué significa esto? En mi concepto, una de las demostraciones más evidentes de que el pensamiento no es otra cosa sino un gas de análoga ó casi análoga composición química que el alcohol y los demás hidrocarburos.

¿Pues cómo explicarse, de lo contrario, ese efecto fisiológico del vino que aclara el pensamiento, lo refuerza, por decirlo así, cuando es tomado prudencialmente y lo perturba cuando ya se ingiere demasiado en el estómago?

El alcohol del vino entonces, únese al pensamiento, según esta hipótesis mía y obrando ambos gases en el cerebro realizan de una manera más acabada esa misteriosa operación de la cual surgen ideas con las que el hombre se explica los mayores fenómenos y

penetra en los más recónditos secretos de la Naturaleza, poniendo ésta á servicio de sus necesidades y de sus caprichos.

Pero otra cosa acontece cuando se absorbe vino en mayores porciones; la albúmina de la sangre que en las células cerebrales circula, coágulase por un efecto químico del alcohol, fórmanse coágulos de sangre que interceptan la circulación de tan precioso líquido por la complicada y delicadísima masa encefálica, y entonces viene la anomalía en las funciones del órgano de la inteligencia, el embrutecimiento, en una palabra. Mas si seguimos bebiendo vino sin tasa, no tarda en sobrevenir esa especie de locura, en que degeneran muchas borracheras, ó la imbecilidad en último término.

En el primero de estos casos ¿no podría suceder muy bien que, una gran cantidad de ideas determinadas, por el exceso de gas, tanto cerebral, como vínico, trajera el abatimiento (locura tranquila) ó la perturbación completa del cerebro, la escasa firmeza de esas mismas ideas (locura violenta)?

¿No podría también significar la imbecilidad ó el idiotismo en que caen muchos beodos, que el exceso de alcohol, que como se sabe, es un antiséptico poderoso, unido al pensamiento que quizá esté dotado de idénticas cualidades químicas, maten los *micodermas*, productores de esa fermentación cerebral, paralizando por completo la formación de la inteligencia, é impidiendo que se determinen la voluntad y la memoria?

¿No sería asimismo verosímil, que un exceso de pensamiento produjese iguales efectos que los señalados y por las mismas causas, originándose entonces la locura, el idiotismo, la imbecilidad y esos crueles dolores de cabeza, que vienen siempre tras un esfuerzo intelectual de importancia?

Repito que todo esto hoy no son más que hipótesis, pero no es lógico, en vista de los hechos consignados, presumir que el progreso y la ciencia pueden convertirlas en otras tantas verdades?

Entonces, imagínese la enorme revolución que semejantes hipótesis hoy, convertidas mañana en verdades, podrían hacer en la sociedad. Averiguada la forma de producirse el pensamiento en el cerebro, el químico y el fisiólogo tendrían á su disposición la clave de todo progreso y los hombres llegarían á lo increíble, porque con el aumento de las facultades intelectuales las morales se transformarían en absoluto, y

la humanidad llegaría á esa perfectibilidad tan ansiada por los espíritus generosos, y mediante la cual todos seríamos libres, muy libres, y procuraríamos todas las necesidades inherentes á la vida sin trabajo alguno, sin esos crímenes espantosos y esas enormes transgresiones del derecho que hoy el hombre se ve obligado á realizar para vivir y mantener su existencia.

RAFAEL DELORME.

¿A QUIÉN DE LOS DOS?

SONETO.

Después de aquel perjurio, convertida
llamas á Dios con fervoroso anhelo
buscando en Él, para tu mal, consuelo,
y perdón por la falta cometida.
La entretenida ayer, arrepentida
quiere hoy echar, sobre el pasado, un velo,
y alzas los ojos suplicante al cielo
en la oración también entretenida.
Mas no me engañas, no... Con impureza,
provocan al mirar tus negros ojos
y hay algo peligroso en tu hermosura...
¿Por qué no me respondes con franqueza...?
Cuando ante los altares caes de hinojos,
¿te ofreces al Señor... ó al señor cura?

JOSÉ JUAN CADENAS.

EL RENACIMIENTO LITERARIO.

PARA justificar el naturalismo expuso Emilio Zola la teoría de que las grandes revoluciones político-sociales encuentran precursores en la literatura. Así eran Voltaire y Rousseau, los Juan Bautistas de 1789 y el gran novelista contemporáneo significa tal vez el precursor de la futura República Social en Francia. Los realistas Pérez Galdós y Pereda han sido caracterizados de igual manera, como expresión literaria de la Revolución de Septiembre, y no cabe dudar que la Pardo Bazán se creará la gaviota anunciadora de la próxima tempestad.

¿Pero, qué tempestad anuncia esta señora? ¿El huracán negro de las sotanas con las llamaradas del auto de fe, ó hay que apreciar en esta escritora singular sólo el porta estandarte del naturalismo olvidando sus desvíos femeninos de devota? ¿Hay que ver en ella la aliada inspiradísima del autor de *Juan José* y de la revolución político-social que representa *GERMINAL*? Es un talento tan admirablemente dotado, superior á la Staël y la George Sand, que bien pudiera ser que el Saulo se convierta en un Pablo de la iglesia nueva, como hay gente que lo predice también de otro privilegiado del talento, D. Marcelino Menéndez Pelayo.

De todos modos, eran los realistas de antaño gente arrastrada por la corriente: Galdós, aprovechando los entusiasmos populares de la Revolución para encauzarlos en el lecho nunca agotado del patriotismo populachero que hoy aclama la libertad y mañana las cadenas, y Pereda ahondando el cariño por el terruño, sentimiento egoísta y estrecho, igualmente celebrado por el Sr. Pí y Margall y por el faccioso carlismo, para los cuales no existen los ideales arrebatadores de la Patria Grande con su misión progresiva en el desarrollo de la humanidad, sino sólo el rincón que nos vio nacer y que encierra los recuerdos de nuestra juventud. Estos grandes representantes de las letras españolas de la Revolución llegaron á su apogeo escribiendo el uno sus *Luchas de nuestros días*, simbolizadas en el gobernador Pedro Sánchez y el amante de su señora, y el otro contestando desde los escaños rojos del Congreso al discurso de la Corona, deshaciéndose de entusiasmo y abnegaciones por la Restauración, que ha sido el manantial de las dichas y el sostén de las libertades del país, y en particular del sufragio universal, del jurado, de la libertad de asociación y reunión, todas antes prostituidas que nacidas.

Al lado de Pérez Galdós y Pereda recordará esta funesta época á la posteridad agradecida el nombre del crítico de Su Majestad de aquellas realidades literarias, D. Leopoldo Alas (*Clarín*), que les ha acompañado animándoles en la pelea y cantando su gloria. Larra rompió lanzas por la Revolución y tuvo que emigrar á París; Espronceda era ya en 1840 el republicano revolucionario más fogoso de España, y colaboró en el célebre diario *La Revolución*, confiscado tras seis números y transformado en *El Huracán*; el crítico de la Revolución de Septiembre no ha salido

más allá del posibilismo de Castelar-Morayta, que casi se confunde en un abrazo cariñoso con el doctrinarismo de Cánovas del Castillo, y desde su *Tusculum* de Oyiedo abrumba la conciencia literaria de sus deudos, obligados á alabar sus novelas y novelitas, que por delicadeza hubiera debido publicar bajo cualquier pseudónimo para dejar libre á la crítica independiente. Lessing era crítico y á la vez autor, pero, ¡vaya una comparación entre *Natán el Sabio* y *La Regenta*! Saint-Beuve ha preferido la independencia del crítico á las glorias que hubiera podido alcanzar por obras originales, y los versos y novelas que publicaba no son malos, y Zola ha acudido á la crítica para romperse el camino á través de las preocupaciones que se oponían á sus novelas (1).

La literatura que representan estos nombres tiene, como diría Ricardo Fuente, un sabor *prononcé* de puchero casero y parece al lado de la literatura internacional contemporánea como á un madreño tal vez el celebrado pueblo de Churriana. En la corte y sus tertulias se discuten los problemas palpitantes de la patria y del universo; en aquel villorrio apenas sabe orientarse porque no puede imaginarse que las salidas y genialidades de aquel cacique soez y grosero pueden interesar á gente culta y darles pretexto para disputas y conversaciones apasionadas. Estos buenos provinciales le parecen locos de remate, y en efecto, son capaces de llegar á puñaladas porque la señora del boticario lleva sombrero mientras que la del alcalde se empeña en llevar la clásica toquilla española. Las letras nuestras son una aldea olvidada lejos del gran camino de la vida moderna. Los problemas palpitantes llegan á nosotros muy tarde y les tratamos con tan poco entusiasmo y originalidad, que Europa prefiere leer á los rusos, noruegos y suecos, tratando con un compasivo encogimiento de hombros á los herederos de la literatura más hermosa del universo.

El temperamento psicológico de la nación española lo ha caracterizado Bluntschly, según la célebre clasificación de los partidos políticos en reaccionarios, conservadores, liberales y radicales, en reaccionarios con inclinaciones al extremo opuesto del radicalismo. La historia de España sería entonces el dominio de la reacción interrumpido de cuando en cuando por relámpagos revolucionarios. Los chispazos radicales de la literatura no parecerán entonces otra cosa que fenómenos pasajeros, como lo son entre las obras de Galdós los libros progresivos *Gloria*, *Doña Perfecta* y el drama *San Quintín*. Los arrebatos de Dicenta y la corriente que representa no tuvieron entonces más importancia que la que tiene una tempestad pasajera en una noche de estío, que en lugar de limpiar la atmósfera aumenta el calor del próximo día.

No, porque *Juan José* es el eco de una corriente poderosísima de la vida contemporánea. Algunos partidarios del socialismo coinciden con los que ignoran este nuevo ideal en echar de menos en el drama popular arengas gárrulas por completo improcedentes. Un crítico «acérrimo revolucionario» afirma con la seriedad de la ignorancia satisfecha que Joaquín Dicenta no ha sido ni será nunca socialista. A esto puede demostrarse fácilmente que *Juan José* es un tratado de socialismo al alcance de todo el mundo. *Juan José*, empujado por la falta de trabajo al robo, afirma en frases elocuentes el sacratísimo *derecho al trabajo y á la vida*, que es el fundamento de todas las reivindicaciones sociales; la fogosa respuesta del albañil al capataz que quiere arrebatarse la mujer que adora, es la protesta contra el envilecido capitalismo que degrada al hombre libre en instrumento sumiso del rico, por lo cual sostiene el socialismo la *abolición de la esclavitud del salario*; la corrupción del capitalismo que despierta al obrero cuando éste no entrega

(1) Al hablar en el artículo anterior «Decadencia crítica» del crítico por excelencia de la Restauración é incidentalmente de algún neurótico, no podía hablar del eminente y concienzudo José Ixart, porque éste pertenece á la gente nueva y colaboraría con nosotros si una muerte prematura no le hubiese arrebatado. Así le haré justicia al hablar del naturalismo español, y tenga la seguridad el estimado colega *El Orden* de Tarragona que no le ha olvidado quien le quería como cariñoso amigo. Dice el colega: «Nosotros, prescindiendo de las tendencias de *GERMINAL*, leemos con gusto los artículos que publica, entre los cuales los hay notabilísimos sobre sociología, literatura y crítica. Por cierto que en uno de los que ha publicado sobre dichas materias *GERMINAL*, nos ha llamado con sentimiento la atención que, escribiéndose sobre el estado de la crítica en el presente siglo, no se dedique una sola palabra al malogrado escritor tarraconense Ixart, que fué uno de los más eminentes cultivadores de la crítica contemporánea. Y es tanto más incomprensible la omisión, cuanto que, el criterio de uno de los más notables cultivadores de *GERMINAL* (Benavente), coincide en absoluto con las opiniones de Ixart; pues todo cuanto dice el Sr. Benavente en el artículo que dedica á Emilio Zola, lo pensaba Ixart y lo expresó en algunos pasajes de sus obras.» En las conversaciones amistosas que tuve con Ixart y Narciso Oller hace seis años en Barcelona, hablamos mucho de estas «cuestiones palpitantes» y pude observar que el ilustre crítico juzgaba también la dictadura de Clarín como mortal losa de plomo extendida sobre las letras españolas.

su mujer á la lujuria del rico, y la cadena de crímenes que resultan necesariamente del régimen capitalista, no lo han explicado mejor los criminalistas Garofalo, Ferri y Lombroso como Dicenta en su célebre drama.

Hace cien años desencadenaba Federico Schiller en Alemania una tempestad al defender en el drama *Guillermo Tell*, no sólo el derecho sino el deber del ciudadano de matar á quien intente contra las libertades públicas. La misma tempestad ha producido en España la gran obra de Dicenta que defiende los extremos del socialismo. Y qué protesta más terrible encierra el grito de desesperación de Juan José cuando exclama después de haber buscado en vano trabajo «¡Espera!... ¡Como si el estómago pudiese esperar! ¡Como si se le pudiese decir al hambre: «aguarda, no nos muerdas hasta dentro de un par de meses»; y al frío: «no nos entumezcas las manos, no nos agarrotas el cuerpo, ten paciencia hasta que podamos comprar una manta»! ¡Espera! ¡Espera á que alarguen los días! ¡Espera!... ¡Espera!... *no es justo que un hombre trabajador se quede sin trabajo...* no hacen bien los que me lo niegan... cuando me quejo llevo razón... ¿Conque todos son á acorralarle á uno?... ¡Pues el animal, cuando se mira *acorralao*, muerdel... ¡Yo también morderé!... *Si la bestia tiene ese derecho, mejor debe tenerlo el hombre, porque vale más...* ¡Que pidan los viejos, los inútiles, los que no se pueden valer! El que, como yo, tiene fuerzas en los brazos, y no es perezoso en la faena, y sabe ganarlo, sólo debe pedir una cosa: trabajo. Si no lo encuentra, si no se lo dan... Entonces le queda un recurso, ¡uno!... No hay duda... ¡No sé cómo he *dudao* tanto tiempo!...; cuando todo falta, hay que buscarlo; y antes que la mujer lo busque, lo busca el hombre.»

Y que la intención del valiente lenguaje de Juan José está comprendida por toda España, demuestra el entusiasmo creciente con que se presenta el drama, á pesar de los anatemas episcopales y gubernamentales. Es el grito de la Revolución social que se aproxima; y si las infamias oficiales quieren ahogarlo, hay alcaldes como D. Frutos Santiago, del pueblo de Corrales, que manda levantar un tablado en la plaza para que el pueblo lo oiga. ¡Bravo por el alcalde de Corrales, que es un digno compañero del de Móstoles!

Lo que hay es que al revés de otras épocas donde la revolución política inspiraba á Galdós y Pereda, encontramos ahora que la literatura ha tomado la delantera empujando la nación hacia adelante, como lo hicieron Espronceda desde su *Huracán* y Voltaire y Rousseau hace cien años y como debe serlo porque las ideas deben producir las conmociones en la realidad y no nacer tardíamente del choque de las ambiciones políticas. Espronceda estaba casi sólo, el ideal republicano era entonces prematuro para este país y el desgraciado poeta tuvo que desistir concluyendo una lucha brillantemente llevada adelante desde la prensa, el libro y las Cortes por un suicidio nunca bastante deplorado.

Con mejores auspicios ha llegado Dicenta á la palestra: rodeado de una juventud ávida de ideales grandes que vuelvan la gloria patria perdida por los esclavos del trono y del altar y aclamado por un pueblo que ha cifrado siempre su esperanza en empresas grandiosas, ora en la defensa de la cristiandad contra la media luna, ora en la conquista de un mundo de fantásticas riquezas más allá del Océano, y al fin en los ideales de la libertad política por la cual ha regado el suelo español con arroyos de sangre. El pueblo de Numancia y de Zaragoza y de Gerona no puede envilecerse de ser el esclavo del capitalismo representado por miserables caciques y rastrosos usureros que se imaginan poder hacer de España su feudo, cuando Napoleón I tuvo que abandonar vencido este país de la fiera independencia cuya diosa de salvaje altivez ha sido siempre la libertad.

¿Se oirá la voz de España ó resolverán los pueblos de Europa el problema social sin el concurso español?

Cuando el renacimiento artístico del siglo xvi había creado en Italia las obras inmortales de Rafael, Miguel Ángel, Correggio y Leonardo da Vinci cuyo eco fueron en Holanda, Rubens, Rembrandt y Van Dyck y cuando parecía que la savia creadora de aquella época estaba agotada, sorprendió á la humanidad España, que supo tratar los mismos asuntos con una sublime grandeza, sintetizando en Murillo y Velázquez el idealismo y el naturalismo de una manera originalísima é incomparable.

El arte, las letras y la ciencia españolas deben decir ahora de igual manera su palabra sobre el gran problema que preocupa nuestra generación y cuya solución, tal vez, llenará el siglo que viene. La nación española tiene una personalidad imponente en la historia desde Trajano y Adriano hasta hoy, y Europa tiene el derecho de pedir que tome parte activa en sus graves conflictos.

A los amigos y adversarios de la nueva corriente recordamos la profunda síntesis que desarrolla Hipólito Taine en su historia de la literatura inglesa: De cuando en cuando surgen ideales fecundos que caracterizan épocas, siglos enteros, y que levantan á la gloria á los que les favorecen, sepultando en el olvido y

la execración á los necios que se oponen á su victoria. La filosofía, la ciencia, las artes se apoderan del nuevo ideal hasta que el ideal se convierta en realidad.

ERNESTO BARK.

EL FEMINISMO ANTE LA CIENCIA.

No es ya una sola la forma de la reivindicación de la personalidad terrestre. Desde los días en que toda preocupación y todo esfuerzo se encaminaban á conquistar la libertad política, como ha ocurrido en Europa durante la Edad Media; desde los lentos siglos en que las castas tiranizadas pugnaron por sacudir el yugo de sacerdotes y guerreros en la India, hasta la labor presente, hay otro mundo de distancia. Queda no poco que hacer todavía en aquellos caminos, pero á la par se inician senderos nuevos. Uno de éstos, y si bien se reflexiona, no de los menos transcendentales, es el que se denomina con nuestro epígrafe: *feminismo*.

¿Qué es el feminismo? La reivindicación de su personalidad por la mujer; se entiende ser racional y pide á leyes y costumbres su parte de sol y de vida en el concierto humano.

Comprendido de esta suerte, ¿habrá quién á ese movimiento se oponga? ¿Tenemos derecho los constantes defensores de la mejor manera de vivir, de la higiene total humana, tenemos derecho á intervenir en el debate?

Precisamente su aspecto fundamental es puramente científico; la mujer es ó no es individuo de nuestra misma especie; la mujer tiene ó no tiene idéntica naturaleza á la del hombre. En el primer caso, su pretensión es justa; en el segundo caso, deben también modificarse las leyes que nos rigen, pero en sentido aún más restrictivo. Lo que no puede continuar es la confusión presente, merced á la cual unas veces es superior y otras muchas inferior á nosotros ante la opinión ó los tribunales.

Los medios puramente morales no bastan. Hace mil trescientos años que, tras larga discusión empeñada, reconocía por pocos votos el Catolicismo que la mujer tiene alma. El Islamismo la cierra la entrada en el Paraíso. El Brahmanismo la relega á condición servil... Ninguno de los grandes movimientos éticos de la Humanidad ha reconocido sus lauros. Pero ¿qué dice la Ciencia?

Esta es hoy la única autorizada para decir la palabra definitiva.

La Ciencia, empieza por declarar que en toda la serie animal, los dos sexos son iguales en instintos, con alguna excepción á favor de los machos, con muchas más á favor de las hembras. Si se restan el caso de un pececillo (el espinoso) que es quien incuba y protege la prole, y el de un pajarito (el sastre) que es quien cose sus preciosos nidos colgados, la inmensa mayoría de los seres nacen y viven por el cuidado de las hembras. Entre los insectos, entre los peces, entre los reptiles, el padre es generalmente desconocido, y no pocas veces la hembra se le merienda ó cuando menos, le mata, como la abeja y la trucha, mientras que muchas hembras dan pruebas de profundo sentido, de profético instinto, al procurar alimento á sus futuros hijuelos; así las del Ichneumon, las de los Enterradores, etc., etc.

En los animales superiores, el macho suele ser defensor de la familia y algo proveedor de sus necesidades, como entre las Rapaces y los Carnívoros ocurre; pero aun así su falta no compromete gravemente la prole, en tanto que la falta de la hembra la aniquila.

En la especie humana se repiten estas condiciones: durante años, los primeros de su existencia, el hombre depende *exclusivamente* de su madre. En la gestación ni en la lactancia puede intervenir el padre, como no sea para perturbarlas, cual, por desdicha, vemos nosotros á menudo.

Más tarde, la conservación numérica de la especie también depende de la mujer: podría reducirse en el *novata por ciento* el número de los varones, sin que disminuyese el de nacimientos. Por el contrario, la mera supresión repetida del *diez por ciento* de las mujeres, nos llevaría en pocas generaciones al cero de la especie.

Por eso es tan dañino en los Estados el celibato femenino; por eso llenará la tierra la raza que primero se emancipe de los lazos de la rutina moral. Este es el peligro que amenaza á las razas blancas ante las amarillas: seremos arrollados si no nos defendemos con libertades sociales; los cañones del emperador no bastan.

Pero dentro ya de nuestra especie, ¿es la mujer tan inteligente, tan moral, tan valiente como el hombre?

De sentimiento y de voluntad nadie la ha negado, por lo menos la equivalencia: su abnegación ante el dolor, su energía ante el peligro, son legendarias. Las mujeres de Numancia y de Misolonghi ante la muerte, las Hermanas de la Caridad, las del Ejército de Salvación, todas las madres en suma, son capaces de arrancar su presa, no sólo á un león hambriento como en Florencia, sino á esos leones más bravos que se llaman Difteria, Escarlatina, etc., etc.

Lo que se las niega es inteligencia. Algunos presentan como razón el menor peso de su cerebro; otros el menor número de mujeres sabias.

La objeción del peso del cerebro es inocente: la hormiga, la abeja, el castor, apenas tienen cerebro y son los animales más inteligentes: mientras que la oveja ó el loro con grandes sesos, son estúpidos. Ni en absoluto ni en relación al peso del cuerpo, significa nada. Relativamente hay animal que nos lleva grande ventaja, y necesitamos encerrarle en jaulas para que viva: el canario, con relación á su peso y volumen, tiene cuasi doble cerebro que el hombre. Si esa ley fuese cierta, los canarios serían los que nos enjaularían á nosotros.

La objeción relativa al número de mujeres ilustradas es especiosa. ¡Si no se las enseña!

Y aun así, poniéndolas trabas legales, amenazándolas constantemente con el ridículo, algunas son eminentes escritoras, notables ingenieras, médicas, poetisas... Nunca resultaría justificado el genial apóstrofe de Calderón:

« ¡Vive Dios que pudo ser! »

Resulta en definitiva, que la mujer es *por lo menos* igual al hombre, según la naturaleza. Luchar contra lo *natural*, es buscarse la derrota inevitable. Por esto el feminismo triunfa doquier que batalla.

¿Cuáles serán las consecuencias de ese ennoblecimiento de la mujer? Muchas y muy transcendentales: considérese que sólo en el orden político se duplica con él el número de ciudadanos.

Pero en nuestro terreno, en el campo de la Medicina y de la Higiene, no serán tampoco pequeñas.

En Medicina se duplicará también el número de las aptitudes y podrán dedicarse á nuestro progreso la paciencia, la constancia, hasta la sobriedad que es preciso reconocerlas. Muchas especialidades y los trabajos micrográficos todos, hoy tan importantes, ganarán muchísimo el día que recaigan en manos femeninas.

La Higiene no tendrá toda su inmensa valía, mientras no sea conocida é impuesta por la mujer. Así nosotros procuramos constantemente interesarla en nuestra propaganda: el día que la mujer *sepa y quiera*, desaparecerán la mayor parte de las enfermedades humanas. Sería, pues, conveniente á la Humanidad el reconocimiento de la *identidad social* de los sexos.

Pero sobre todo y ante todo, es justo. No deberíamos considerarnos dignos de la alta investidura de hombres libres, ciudadanos del mundo, en tanto que nuestras madres y nuestras hijas *continúen* esclavas.

JOAQUÍN DE HUELDES TEMPRADO.

EL DERECHO.

Una de las cuestiones que, por la importancia que en sí entraña, tanto para la consecución del fin individual como para la organización de la vida social, se ha discutido con más calor y empeño, es el concepto, naturaleza y origen del derecho.

Hay quien pretende que el derecho tiene un origen divino que, como todas las ideas madres, ha sido inculcada por Dios en nuestra conciencia, imprimiéndonos su noción con indelebles caracteres y de la cual las reglas prácticas que hemos de deducir para que nos sirvan de guía, deben ser una fiel traducción, un acabado trasunto. Las ideas de derecho y deber—dicen los partidarios de esta escuela—son correlativas; donde se dé un derecho existe necesariamente un deber; donde exista una ley ha de ser justa, puesto que la regla jurídica positiva no es más que una emanación, una modalidad de aquellos principios de justicia y equidad con que Dios, por conmiseración é infinita bondad supo dotarnos; y si realmente han existido en la Historia leyes injustas basadas en irritantes diferencias, no se culpe por eso á la raíz eminentísima, al nobilísimo asiento en que todos deben descansar, sino más bien á las deficiencias, vicios y torcidas pasiones de los hombres.

Veamos si realmente es el derecho lo que dejamos consignado. ¿No envuelve por parte de Dios una idea pobre y ruin, que esos principios eternos de justicia se den en nosotros tan mal definidos y tan confusos,

que al tomarlos por modelo, en vez de copias perfectas ó por lo menos aproximadas, resulten monstruosidades de pintor de brocha gorda?

Es evidente que sí. Si Dios ha querido que en nuestra alma exista una idea inmanente é imperecedera de justicia y equidad para que sea nuestro guía en las difíciles situaciones de la vida, y como para que nos sirva de marco ó prototipo ¿por qué el infanticidio y el aborto voluntario son tan comunes en Madagascar, en Taití y en toda la China, que es un país civilizado? ¿Por qué la idea de derecho ha de mostrarse tan relativa á las distintas épocas, cuando debía ser absoluta si tuviera un origen divino ó sobrenatural? Por otra parte ¿qué razón sólida puede justificar que Dios haya grabado con más fuerza esas ideas en unos hombres que en otros?

Preguntad á esos flamantes doctores que salen anualmente de las aulas universitarias, lo que entienden por derecho, lo que el derecho sea, y os contestarán seguidamente:

—El Catedrático D. Fulanito de Tal, dice que es la suma de reglas... etc.; D. Menganita lo considera como un orden de leyes emanadas...

—Pero bien, se le interrumpe, ¿cuál es, en fin, la opinión de usted?

—Me decido—contestará el abogado—por la definición del Sr. H. En ella encontrará usted perfectamente marcada la línea divisoria que debe separar, como decía Aristóteles, los deberes imperfectos de los perfectos; es decir, aquellos en que se me deja con entera libertad de cumplirlos ó no, y otros que aunque me oponga se me exige por la coacción su cumplimiento, pues es preciso distinguir de algún modo esas dos esferas de la actividad humana que se llaman *moral* y *derecho*. Por la definición que acepto—proseguirá el doctor—puede usted determinar la justicia ó injusticia de las instituciones, según se amolden ó no á esos principios que como emanados de Dios, son anteriores y superiores á la voluntad de los legisladores, cuya misión es acomodarse á ellos en lo posible al sancionarlos en la vida práctica.

Y sin embargo, esos principios eternos, consustanciales, permanentes y necesarios, no existen. El derecho como ley de vida que es, como norma á que el hombre ha de ajustar sus actos, se presenta como un resultado de su propia naturaleza social, como una necesidad de aunar sus fuerzas con las de los demás, dada su propia limitación y deficiencia. Las instituciones y las leyes todas han obedecido, obedecerán siempre, no á esos elementos absolutos é indispensables de Derecho natural, que no existen, sino á las circunstancias, á la *necesidad*, que es la poderosísima palanca que ha movido en todas las épocas la piedra, siempre viva, de la civilización.

Tan cierto es esto, que la esclavitud con ser una institución inicua, llamada ya por Justiniano *contra naturaleza*, tuvo su razón de ser y hasta significó un progreso en los albores de aquellas sociedades. Si la esclavitud no hubiera existido, los vencedores al considerarse árbitros de las vidas y haciendas de los vencidos, les hubieran dado la muerte en vez de concederles la merced de ser esclavos.

Esto envolvía, pues, un adelanto, y véase por qué la esclavitud se creyó necesaria y aun justa por los más afamados filósofos de la antigüedad. Platón y Aristóteles decían que hay hombres que nacen para ser libres y otros, por el contrario, para esclavos. Luego—y nótese el progreso en esta institución—al fraccionamiento y disolución del imperio romano, vienen los bárbaros y reemplazan al esclavo con el siervo; á éste, á su vez, ha sucedido el proletario de hoy, que llegará por una última y suprema evolución social y gracias á los principios del Derecho público moderno, las conquistas de la libertad y las excelencias de la democracia, á su más completa emancipación económica y política.

Las mismas monarquías absolutas tan odiosas é irritantes, ¿no verificaron un progreso, cuando en gigantesca lucha con el feudalismo, y vencido éste, aliviaron el peso de las cadenas de los siervos de la gleba y sentaron los principios de que más tarde habían de surgir la soberanía nacional y la fraternidad humana, que ligarán por el común sentir de la democracia, á todos los pueblos de la tierra?

Y sin embargo, todas las voluntades unidas, la inconmensurable fuerza de todos los poderes y de todas las tiranías no han bastado á sostener esas odiosas formas de gobierno.

No es, pues, el derecho, la exteriorización de esa ley divina revelada á medias. Su fundamento ha de buscarse en la necesidad, madre, como hemos dicho, de todas las ciencias, de todas las conquistas, de los adelantos y de las grandes creaciones que conducen á la humanidad por los amplios senderos de un progreso ilimitado y fatal. Si el ser humano no fuera imperfecto, si amara siempre el bien tan sólo por ser bien, si éste fuera conocido siempre y libremente realizado y la actividad y los actos del hombre estuvieran en relación constante, en perfecta ecuación con la dignidad y la alteza de su fin, el derecho como ley de vida, norma de conducta y suprema garantía para la conse-

cuación de todos los fines humanos, sería en absoluto innecesario.

Pero como suponer una sociedad en tal estado sería dejarse llevar por algo á la manera de un romanticismo jurídico, á falta de esos pretendidos principios de Derecho natural, hé aquí un verdadero Código de moral y de derecho mejor y más completo que cuantas máximas puedan contener todos los tratados de ética y todos los sistemas filosóficos del mundo:

Haz á los otros lo que quieras que se haga contigo.

JOAQUÍN SEGURA.

DOS VIRGINIDADES.

(DE UNA FRASE DE RENAN.)

I.

El Genio depositó en la frente del artista el beso de la inspiración y desapareció. Y quedó abstraído el pintor, porque la creación revelada coincidía con la presentida hacía tiempo por su corazón. Y si el hombre no halló en su jornada de desengaños el alma de la mujer pura, el artista, más afortunado, logró encontrar la modelo de sonrisa angelical y de sobrehumana hermosura que el pincel transformaría en Inmaculada Concepción. ¡La obra que le desposaría con la inmortalidad!

Y la mujer cuyo semblante simbolizaba el candor, la vió una noche en calle solitaria, y acercándose misteriosamente, hablóle dicho con ademán descocado y tono de lujuriente coquetismo:—«Vente conmigo; verás cuánto gozamos.»

II.

La efigie de la Virgen Madre se destacaba del lienzo envuelta en nubes, circundada de serafines, ondulant las vestiduras, cruzada de brazos en actitud de místico arrobamiento, ligeramente inclinada hacia atrás la cabeza, destrenzados los cabellos rubios y fijos los entornados ojos en la contemplación de algo que por la expresión revelada en las azules transparencias de las pupilas hablaba de celestiales promesas... de ese amor cuyas inefables delicias gozan el mártir y el asceta, éxtasis incomparable cuya impresión ni los tormentos ni la penitencia pueden borrar del semblante.

Detrás del cuadro estaba la encarnación humana del divino ideal... la prostituta que sirvió para trazar aquella Purísima; de líneas correctas, de rostro espiritual, tan semejante á la del lienzo que, al contemplar su obra terminada, apenas si el pintor observó en la modelo detalle olvidado al reproducirla.

Estaba tan transfigurado el semblante de la ramera y tal exaltación dominaba al artista, que imaginó á la Madre de Cristo en aparición recriminándole por su sacrilegio. Pero la obsesión fué momentánea: la modelo, de pie, á pocos pasos de él, hablaba, prorrumpía efectivamente en imprecaciones consecuencia de su relato... una historia muy humana para ser conocida de la Inmaculada, demasiado vulgar para prolongar la sugestión... ¡un evangelio de amor abierto por la página del martirio!

Y al recuerdo de sus miserias siguieron los detalles de los desengaños, la descripción de las afrentas... y avergonzada, suplicante, arrepentida, cayó de rodillas ante el artista agarrándole convulsivamente las manos, besándolas con desesperación cual si perdida la última esperanza hubiera de escapar la razón.

—Seca tus lágrimas— exclamó el pintor con sonrisa incrédula— siéntate y piensa. No creía llegase tu coquetismo al extremo de convertir lo que es emblema de candor en tocado de seducción, ni pude imaginar que las túnicas de la Purísima sirvieran para representar escenas de melodrama. Celebro el mérito, pero ni tu belleza me esclaviza ni la hipocresía me convence.

—¿Que complete mi obra? ¿Que te regenere?... ¡Imposible!

Si la religión, que es la creencia, puede adorar una madre virgen, el arte, que es la belleza, encuentra la perfección en lo humano: sólo la inspiración puede transformar á la ramera en madona. Sólo en el amor encontrarías el Jordán que purificase tus culpas, y ese amor ¡no puedo ofrecértelo! Perdiste la virginidad de la carne, yo he perdido la virginidad de la creencia. ¿No soy más desgraciado? Tú puedes adquirir algo que vale más: la maternidad que alegra la vida; yo sólo he logrado otra que la hace odiosa: el escepticismo. ¡La maternidad de la razón!

A. I. DE R.

VERSOS.

Llenos de luz tus ojos soñadores,
y en tu desierto corazón el frío
ahora es tu pecho como altar vacío
sin ídolos, sin luces y sin flores.

Cuando renazca la serena calma
y el ansia dulce del amor te ciegue,
cuando el invierno á tus mejillas llegue
la primavera bajará á tu alma.

Yo, que sin Dios, sin norte, sin aliento,
mordiéndome en el pecho la esperanza
te miro como nave que se lanza
favorecida por el mar y el viento

Si á mi roca vinieres «bien venida»
diré al verte de lejos un instante
que al fin llegaste espléndida y triunfante
¡á las desiertas playas de mi vida!

MANUEL PASO.

GENTE JOVEN.

VERDES MONTENEGRO.

José Verdes Montenegro, es un joven literato conocido desde hace algunos años en el mundo de las letras.

Verdes, trabajador incansable y escritor correcto, ha publicado un bonito poema: *El Incrédulo*; un estudio bastante concienzudo acerca del maestro Campoamor y un libro sobre nuestros hombres de ciencia.

Es médico y ejerce con brillantez su carrera, lo cual no obsta, para que se haya consagrado con éxito al periodismo y haya sido redactor de *La Opinión*, *El Mundo* y *La Justicia*, de Madrid, y *director* de *La República* y *Las Noticias*, de Bilbao.

Le saludamos como un joven de porvenir y de los que llegarán seguramente.

R. D. S.

COSAS.

El Sr. Alonso y Orera se separa de la redacción de GERMINAL.

Según sus propias manifestaciones, desde hace unos días ya no se siente socialista.

Hasta el número anterior lo era y fervoroso.

La actitud terrorista del Gobierno, ha conseguido un triunfo. Cambiar las opiniones de Alonso y Orera.

Nuestra enhorabuena al Gobierno... y á nosotros.

Cánovas juzgado por Salmerón:

Transcribiendo las opiniones del ex-presidente de la República, dice *La Publicidad* de Barcelona:

«Juzgando el fenómeno que con motivo de la muerte de Cánovas se ha producido en nuestra opinión versátil é impresionable, hizo notar la falta de serenidad propia de países meridionales al juzgar los hombres y las cosas, habiéndose dado el caso de que enemigos irreconciliables que negaban al Sr. Cánovas, la víspera del atentado, las cualidades más rudimentarias del hombre de gobierno, han venido al día siguiente de su muerte dedicándole ditirambos y colocándole á la altura de un gran estadista; cuando en el fondo, según el Sr. Salmerón, *no fué más que un doctrinario y un sofista con talento, que hizo lo que pudo para entronizar la reacción actual*, que es mucho peor que la del período anterior á la Revolución de Septiembre, porque ésta se presentaba franca y abierta y por lo mismo daba armas al elemento liberal para aprestarse á la lucha de una manera decidida, mientras que *la reacción presente, con su forma solapada y jesuítica*, guardando en lo externo cierta apariencia liberal, es más temible y hace más daño porque enerva, resta energía para la lucha á los elementos democráticos, ya prostituyendo el sufragio y alejando por lo tanto al pueblo de los comicios, ya poniendo en manos de los



caciques la justicia y otros importantes servicios del Estado, *corrompiendo todos sus organismos* y sembrando el escepticismo en todas las clases sociales para que no se ocupen de política, dejando ésta entregada á los partidos monárquicos, que no son tales partidos sino oligarquías que usufructúan el poder en perjuicio del país.»

El Liberal recuerda á Sagasta frases que escribió en su Manifiesto de 24 de Junio último, á propósito de la inconveniencia que representaba la continuación de los conservadores y de sus procedimientos en el Poder, y le dice sobre poco más ó menos:

«Si entonces la honradez política de Sagasta le mandaba hablar, ¿por qué calla ahora que con la muerte de Cánovas ha aumentado el peligro?»

¿Por qué calla?

Porque no está el horno para bollos.

El famoso pastelero teme que se le ahume la masa y no enciende el horno.

Dentro de poco va haber que poner un cartel en el domicilio político de los jefes monárquicos, donde se lea:

«Cerrado por derribo.»

Un sabio, honra y gloria de la España de nuestros días, respetado unánimemente en el extranjero, D. Jesús Alcolea, catedrático de Fisiología de la Escuela de Veterinaria, ha muerto en la pasada semana y para el cual no han tenido los rotativos sino una breve noticia.

Alcolea es autor de infinitos estudios de investigación sobre Fisiología y de gran número de obras que son apreciadas justamente fuera de España, aunque desdichadamente aquí en general no se tienen de ellas ni la menor noticia.

Alcolea, que además participaba de las tendencias progresivas de GERMINAL, deja con su muerte un vacío difícil de llenar en la ciencia española.

Nosotros sentimos y lloramos la pérdida de este hombre ilustre, una de las lumbreras más grandes de la Fisiología contemporánea.

Ha dejado de existir en esta capital el antiguo y consecuente demócrata D. Francisco Jaime y Mainar, hermano de nuestro querido amigo y compañero el director artístico de GERMINAL D. Félix.

Tanto é éste como á toda su distinguida familia reiteramos la expresión sincera de nuestro pesar más sentido.

Los moritos del Riff siguen poniendo en ejecución sus tradicionales actos de piratería.

Esta vez han saqueado un barco italiano apresando al capitán y á varios tripulantes para pedir por su libertad un fuerte rescate.

¡Y el Gobierno español tan tranquilo!
¡Y Martínez Campos el diplomático insigne de Marrakesch sin novedad y descansando de aquella obra de romanos!

¡Qué país y qué Gobierno!
Convengamos que cada país tiene el Gobierno que se merece y España merece ser gobernada por la gente saguntina.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Barbastro.—D. M. G.—Recibida 1 peseta y espero haga nuevos pedidos.

Barcelona.—D. P. M.—Contesté correo á sus dos últimas, espero resuelva.

Barcelona.—D. R. R.—Recibida su carta. Contesto correo; se hará lo que dispone en la suya.

Algeciras.—D. A. A.—Recibido el importe de su suscripción y se le remite el núm. 13 que desea.

Salamanca.—D. C. S. E.—Recibida carta y de acuerdo con ella envío paquete de 50 ejemplares.

Palma.—D. M. V.—Remité el número 4 que deseaba; hasta esta fecha no se tenían noticias de tal reclamación.

Ontiñena.—D. P. C.—Se le remitirá como es su deseo desde este número y puede mandar el importe por el Giro Mutuo ó en sellos de correos, certificando la carta.

Aranda de Duero.—D. J. P. R.—Remito todo cuanto pide en la suya incluyendo, como es su deseo, la cuenta general.

Pasajes.—D. L. G.—Remito el núm. 13 que me pide y folleto *República social*. Queda renovada su suscripción por tres meses.

Medina del Campo.—D. V. O.—Recibido el importe de su suscripción por tres meses. También se recibió el folleto que indica *España y los toros*.

Jaraiz.—D. A. S. P.—Queda suscripto por tres meses como desea y puede mandar el importe por el Giro Mutuo ó en sellos de correos, certificando la carta.

Fuente el Saz de Jarama.—D. S. P.—Queda hecha su suscripción por tres meses que empiezan el 15 del corriente y puede mandar el importe por el Giro Mutuo ó sellos de correos, certificando la carta.

Valencia.—D. J. G.—Recibí los dos paquetes que me anuncia y los folletos de *La República social*. También es conforme la liquidación que manda y le remitiré los carteles que pide.

Palma.—D. J. H.—Recibido el importe de medio año de suscripción y le remito el núm. 3 que me pide.

Vergel.—D. J. F.—Remito todo cuanto desea en su carta del 13 del corriente, menos los folletos *Escuelas socialistas*, *La Ha-*

cienda de la República social, *El Ministerio del trabajo*, por estar en preparación.

Salamanca.—D. A. M.—Recibido el importe del segundo trimestre y le remito el núm. 4 que pide. Su recomendado Corresponsal está recibiendo un paquete de 10 ejemplares semanalmente.

Barcelona.—D. S. V. C.—Queda suscripto como desea desde el 1.º del corriente mes como solicita en su carta.

Calatayud.—D. G. G.—Remito los 3 ejemplares que pide del núm 15, y en lo sucesivo queda hecho el aumento á 13 ejemplares semanales.

Tarragona.—D. M. B.—Remitidos 12 ejemplares más del número 15, y en lo sucesivo será el paquete de 25 ejemplares semanales; también remito los 4 del núm. 4.

San Pedro de Tarrasa.—D. T. T.—Queda nombrado corresponsal en esa y le remito 10 ejemplares para propaganda y espero me indique qué remesa semanal he de mandar. También le mando los carteles-anuncios como desea.

Guadalajara (México).—D. J. M.ª I. G.—Queda suscripto por un año como pide en su carta última de 30 de Julio próximo pasado y se le remiten los números que reclama por este mismo correo.

Londres.—D. E. Pelletier.—Se le remiten 3 ejemplares semanales como desea en su carta; contesto correo condiciones.

Barcelona.—D. J. M.—Se le remite un ejemplar *De un periodista*. Se hará como usted desea.

EL ADMINISTRADOR.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: VILLANUEVA, 20

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

REDACTORES

ERNESTO BARK (A. DE SANTA CLARA),
RAFAEL DELORME (JUAN DE LA ENCINA),
RICARDO FUENTE, JOSÉ JURADO DE LA PARRA,
FRANCISCO MACEÍN, ANTONIO PALOMERO (GIL PARRADO),
MANUEL PASO, NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA,
EDUARDO ZAMACOIS.

DIRECTOR ARTÍSTICO: FÉLIX JAIME.

COLABORADORES

ALFREDO CALDRÓN, U. GONZÁLEZ SERRANO,
JACINTO O. PICÓN, JACINTO BENAVENTE, LAPUYA,
RAMIRO DE MAEZTU, MARIANO DE CAYIA,
EUSEBIO BLASCO, ARTURO REYES, JOSÉ JUAN CADENAS,
JULIO BURELL, ANTONIO MONTILLA, CATARINEU,
MIRALLES, SALAS ANTÓN, ANTONIO ZOZAYA,
VERDES MONTENEGRO,
FERNÁNDEZ VAAMONDE, ODÓN DE BUEN, SEGURA, ETC.

REDACTORES-CORRESPONSALES

Montejo de Arévalo, EUSEBIO GÓMEZ.—Minas de Río-Tinto, RICARDO RODRÍGUEZ SOUSA.—Villaviciosa, ROGELIO G. DE REDUELES.—Mazarrón, GINÉS GARCÍA NAVARRO.—Guadix, JOSÉ MARÍA ORTIZ.—Salamanca, CRESCENCIO S. ESCULTA.—Cartagena, JOSÉ G. VASO.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	Trimestre.....	2	pesetas.
	Año.....	7	—
Provincias..	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año.....		15	—
Número suelto.....		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

ENCARNACIÓN RODRÍGUEZ

MODISTA DE SOMBREROS

Recibe quincenalmente las últimas novedades de París y de Londres.

CARMEN, 24

PREPARATORIA MILITAR

DIRECTOR

DON EMILIO PRIETO VILLARREAL

Calle de Fuencarral, 6, pral.

Honorarios: 25 pesetas al mes.

EL GRABADOR UNIVERSAL.

GRAN TALLER DE GRABADO

PARA

litografía, talla dulce y tipografía.

FOTOGRAFADO, FOTOTIPIA

Y SUS SIMILARES,

con maquinaria para la estampación de estos procedimientos.

DIRIGIDO POR

FÉLIX JAIME

VILLANUEVA, 20.—MADRID.

«DE UN PERIODISTA»

POR

RICARDO FUENTE

CON UN PRÓLOGO DE

JOAQUÍN DICENTA

Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

De venta en esta Administración.

INSTITUTO POLÍGLOTA

Francés, inglés, alemán, ruso,
italiano, portugués, polaco, árabe, latín,
griego.

Lecciones desde 15 pesetas al mes; conversación de francés (Cercle Polyglotte), 5 pesetas al mes; traducciones comerciales, literarias, de documentos, etc., en el acto, 1 peseta las cien palabras.

Director: D. ERNESTO BARK

De diez á doce en la Puerta del Sol, números 11 y 12.
Papelería Pelegrini.

D. BRITO SANCHEZ CIRUJANO-DENTISTA

Pone á su disposición el Gabinete de Clínica dental, montado con todos los adelantos de la ciencia.
Consultas y extracciones los jueves y domingos, de ocho á una, UNA PESETA.

SAN BERNARDO, 20

Acaba de publicarse:

LA REPÚBLICA SOCIAL

CARTILLA POLÍTICA DEL PUEBLO

FOLLETO DE ACTUALIDAD
á 25 céntimos.

- I. *Deberes y derechos del ciudadano.*
- II. *El Programa de la República.*
- III. *Los Presupuestos nacionales.*
- IV. *La Revolución Social.*

Los centros populares pueden adquirir 200 y más ejemplares á 10 céntimos

en la Administración de GERMINAL.

Ernesto Bark; biografía, por *Francisco Maceín*.
Las Escuelas Socialistas; por *Rafael Delorme*.
La Hacienda de la República Social; por *Ernesto Bark*.
El Ministerio del Trabajo; por *I. L. Lapuya*.

OBRAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS.

El misticismo y las perturbaciones del sistema nervioso.—(Un tomo)..... 1
Humoradas en prosa.—(Un tomo)..... 2
Consuelo (novela).—(Un tomo de 415 páginas).. 3

Se venden con el 40 por 100 de descuento en esta Administración.